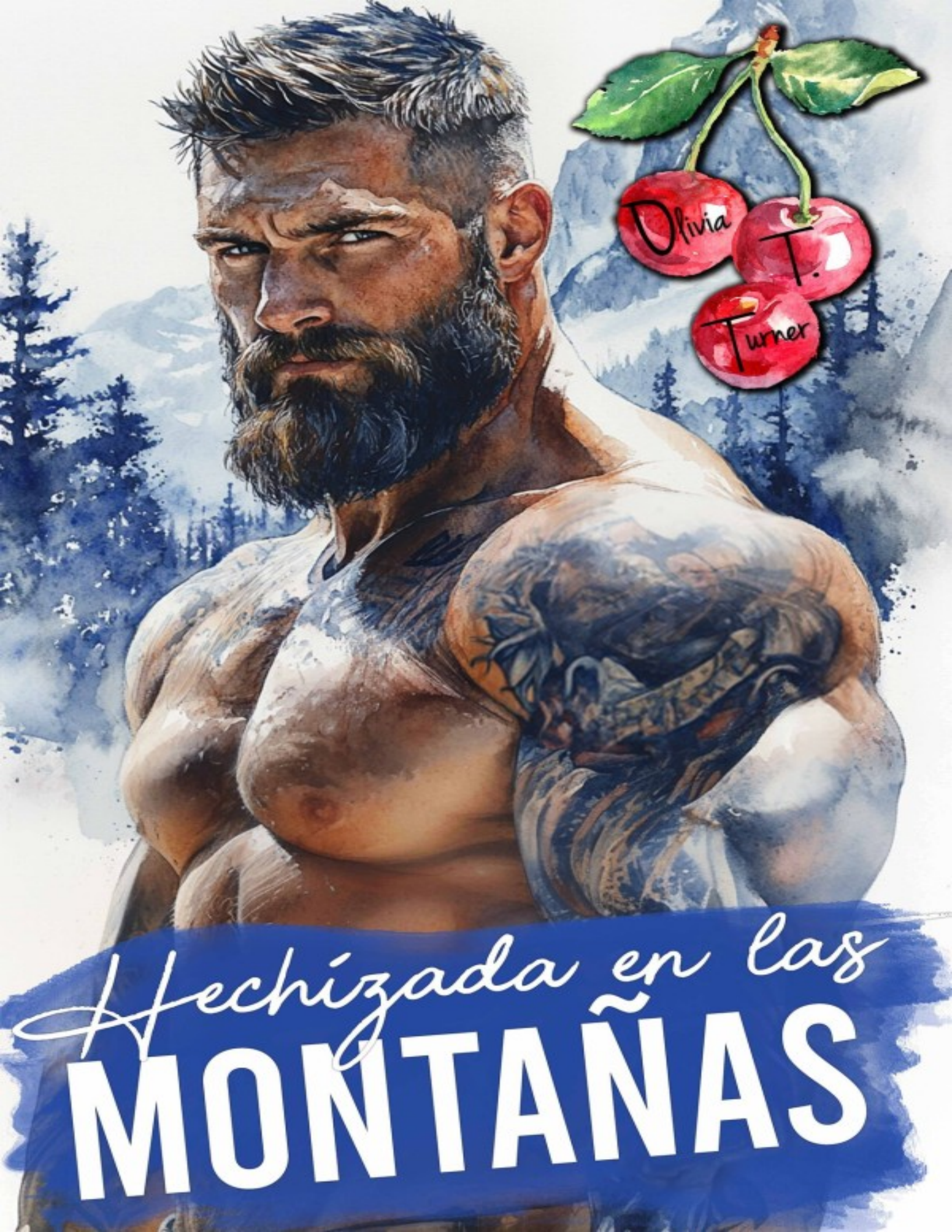

Olivia T. Turner
Hechizada en las
MONTAÑAS

HECHIZADA EN LAS MONTAÑAS

LOS CHICOS DE LA MONTAÑA GREENE

LIBRO 13

OLIVIA T. TURNER

Copyright© 2026 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Hechizada en las Montañas

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

HECHIZADA EN LAS MONTAÑAS

Vine a las montañas para tocar música.
Solo otro festival, otro escenario y otro pueblo pequeño que olvidaría por la mañana.
Pero entonces le vi a *él* y supe que *jamás* olvidaría este lugar.
El sheriff Ryland Gray —hosco, de hombros anchos, pelo plateado y el tipo de hombre que te hace olvidar cómo respirar.
Me miró una vez, y mi mundo se inclinó. Cuando habló conmigo, mi universo cambió para siempre.
Me llama ángel, como si fuera un hecho, no un apodo.
Me mira como si supiera que soy suya.
Es mayor, protector y posesivo de una manera que debería asustarme.
Pero no lo hace. Me hace sentir *segura*.
Me hace sentir *deseada*.
Me hace sentir *viva*.
Entonces, ¿cómo puedo olvidar este lugar?
¿Cómo puedo irme?
Y si lo intento, ¿este atractivo zorro plateado de las montañas me dejará marchar siquiera?

Un ardiente romance con diferencia de edad se avecina en las Montañas Greene.

Acompaña al sheriff Ryland Gray mientras se enamora de la irresistible música de paso por su pueblo.
Este atractivo mountain man se enamora perdidamente.
Amor instantáneo con diferencia de edad en su máxima expresión: una lectura sin infidelidades y con un final feliz súper dulce garantizado.
Puede leerse como libro independiente. ¡Disfrútalo!

Para mi antiguo profesor de arpa,

Que sufrió pacientemente durante dos clases antes de que yo inevitablemente lo dejara.
Prometo que se me da mucho mejor escribir sobre arpas que tocarlas.



CAPÍTULO UNO

Ryland

—Eh, Sheriff —dice Emmanuel, negando con la cabeza mientras se acerca—. A la señora Kensington también le han robado el bolso.

Aprieto los dientes y dejo escapar un gruñido mientras fulmino con la mirada al paleto que está apoyado en la máquina de algodón de azúcar. Me devuelve la mirada mientras coloca su tabaco de mascar en la mejilla y escupe sobre el impecable césped de nuestra hermosa plaza del pueblo.

Estos tíos me están empezando a cabrear.

No han parado de causar problemas desde que llegaron estos feriantes y quiero que se larguen de aquí ahora mismo, joder.

Pero el festival de verano está en pleno apogeo y casi todo el pueblo está aquí. No puedo simplemente cerrarlo todo. Se ha invertido mucho trabajo en preparar esto y que me condenen si decepciono a todos los padres, niños y parejas enamoradas por culpa de unos cuantos bichos raros paletos que no pueden mantener sus dedos pegajosos quietos.

—¿Dónde está? —le pregunto a Emmanuel. Mi ayudante está intimidando con la mirada a un trabajador del puesto de perritos calientes con sus grandes hombros y enormes brazos flexionados. El grasiento feriante mira a Emmanuel y sonríe, mostrando su falta de

dientes mientras le entrega a un cliente un perrito caliente que dudo que pasara ni la inspección sanitaria más básica.

—Está junto a la noria —dice, señalando aquel enorme y tambaleante monstruo que no parece nada seguro. Definitivamente está haciendo un preocupante ruido. El rechinar del metal se intensifica a medida que me acerco.

—Hola, Sheriff —me dice Molly, la veterinaria del pueblo, con una sonrisa mientras paso junto a ella.

Me toco el sombrero y sigo caminando.

Nuestro alcalde organizó todo esto. Todo es de primera calidad: los músicos tocando en el escenario alquilado, el asado de maíz, los food trucks, el zoo de mascotas, los puestos de pintura facial y todas las mesas montadas por los vecinos vendiendo sus artesanías y productos caseros. Lo único podrido son estos feriantes sospechosos como el demonio que contrató para traer estas viejas atracciones chirriantes y juegos imposibles de ganar.

Ya es bastante malo que estén estafando a todos con sus juegos amañados y atracciones que te dislocan el cuello, pero ¿encima robarles y quitarles la cartera? No en mi guardia.

—Señora Kensington —digo al llegar a la noria. Parece muy alterada mientras examina la multitud, intentando localizar su bolso perdido—. ¿Qué ha ocurrido?

—Oh, es horrible, Sheriff —dice, mordiéndose el labio inferior—. Dejé mi bolso mientras grababa a mi nieto en la noria y cuando se bajó, mi bolso había desaparecido.

Los dos tipos que manejan la noria siguen mirando hacia aquí. No hace falta ser un detective experimentado para saber que son los sospechosos número uno y dos.

—Déjeme ver el vídeo que grabó —digo mientras aprieto los dientes, tratando de contener el impulso arrollador de ir allí y retorcerles sus delgados cuellos—. Quizá haya algo en él.

—Buena idea —dice mientras comienza a reproducirlo en su móvil. Veo a su nieto sonriendo en la noria y muchas partes temblorosas y borrosas, pero no puedo ver a nadie acercándose a ella o cogiendo su bolso.

—¿Qué voy a hacer, Sheriff? —pregunta, empezando a entrar en pánico—. Mi medicación está ahí dentro. Mi identificación. Las llaves de mi casa y del coche. —Jadea—. ¡Tienen mi dirección y la llave de casa!

Aprieto mis manos en puños mientras imagino a esos desgraciados irrumpiendo en la casa de esta buena señora y haciendo sabe Dios qué. No va a ocurrir. No en mi pueblo.

—Quédese aquí —digo con un gruñido mientras los fulmino con la mirada. El del mullet que está apoyado en la barandilla se levanta y me mira con gesto desafiante mientras me acerco con los hombros hacia atrás y el pecho hinchado. El otro, con la gorra de camionero hecha jirones y una barriga cervecera hinchada, da una calada a su cigarrillo mientras pulsa el botón rojo, ralentizando la noria.

—¿En qué podemos ayudarle, agente? —pregunta el del mullet con una sonrisa divertida.

Lo miro fijamente a los ojos y aprieto la mandíbula. Él sabe que podría convertir esa sonrisa arrogante en papilla si quisiera, pero los desgraciados como él están acostumbrados a usar la ley y la paciencia de buena fe de policías como yo en su beneficio.

Lo que ocurre es que mi paciencia se ha agotado. Y por aquí, yo soy la ley.

—¿Visteis adónde fue su bolso? —pregunto, señalando a la señora Kensington.

Ambos se encogen de hombros y niegan con la cabeza. —No. No hemos visto na'.

Inspecciono la zona, pero no hay mucho alrededor excepto el panel de control y un montón de colillas que han tirado descuidadamente sobre el césped.

No parece haber ningún sitio donde esconder un bolso, pero sé que estos tipos son astutos. Y sé que pronto estarán en el siguiente pueblo, estafando también a la gente trabajadora de allí.

Odio a la gente que se aprovecha de los demás.

La necesidad de proteger corre profundamente por mis venas.

No tengo una chica a quien proteger y cuidar, así que utilizo toda esa energía acumulada para proteger a la buena gente de este pueblo contra los monstruos que quieren hacerles daño.

Algunas personas nacen para proteger a los aldeanos inocentes de los bárbaros a las puertas, y otras personas (como estos capullos repugnantes) no pueden evitar ser los bárbaros.

Si hubiéramos nacido hace quinientos años, estaría en algún campo de batalla blandiendo una enorme espada contra las cabezas de estos palurdos, pero desafortunadamente hoy en día somos un poco más civilizados.

Entrecierro los ojos mirando el panel de control. Es el único lugar donde podrían esconder algo tan grande como un bolso.

—Apártate —ordeno mientras avanzo.

Puedo ver el pánico en sus ojos cuando se dan cuenta de adónde me dirijo. Bingo.

—No puedes tocar eso —dice el de la barriga cervecera hinchada con un toque de temor en su tono—. ¡Va contra las normas!

Se pone delante de mí, oliendo a cigarrillos y a un rancio olor corporal. Me acerco, mirándole fijamente, esperando que haga algo.

—Apártate.

—No puedo dejar que rompas la máquina —dice—. Cuesta una fortuna.

Pongo mi mano en su pecho y lo empujo a un lado. Tropieza hacia atrás y maldice mientras examino el panel de control metálico. Me lleva cinco segundos encontrar la pieza oculta que se desliza hacia arriba.

Dos bolsos, tres carteras y un montón de móviles dentro.

—Manos a la espalda —digo mientras saco las esposas de mi cinturón.

El flaco sale corriendo, pero es lento y yo no. Agarro un puñado de su corte de pelo estilo mullet y lo jalo hacia atrás, colocándole la esposa alrededor de la muñeca con un satisfactorio *clic*. Grita cuando le tiro del segundo brazo hacia atrás y le esposo la otra muñeca.

Emmanuel aparece entre la multitud y esposa al grandullón con la gorra de camionero.

Llamo con la mano a Henry, otro agente, y él y Emmanuel los escoltan hasta la camioneta para llevarlos a la comisaría.

—Registradlos y volved rápido —les digo mientras observo a los otros feriantes enfadados que contemplan la escena—. No creo que estos dos sean los últimos en acabar esposados.

Agarro los objetos robados y le entrego su bolso a la señora Kensington. Está eufórica.

—¡Gracias! —dice, agarrándome la mandíbula mientras me planta un beso húmedo en la mejilla—. Muchas gracias, Sheriff. No sabía qué iba a hacer.

—Es un placer —digo, sonriéndole.

—¿Cómo es que no tienes una buena chica? —pregunta.

Oh, Dios. Aquí vamos...

—Un hombre guapo como tú —continúa, mirando mis grandes brazos y anchos hombros—. Es una lástima que nunca te hayas asentado. Puedo preguntar por ahí si estás buscando a alguien.

—No lo estoy —digo en un tono más brusco de lo que pretendía —. Gracias.

Parece darse cuenta de que ha metido la pata. —No pretendía entrometerme.

—Está bien —digo, agarrando el resto del botín robado—. Disfrute del festival.

Otro feriante llega para hacerse cargo de la noria. Me observa de reojo mientras recoge los caros tickets y deja subir a la gente.

—Ese compartimento se queda abierto —le advierto antes de volver a meterme entre la multitud. Estoy buscando a mi ayudante, Cara, y por supuesto, está cerca de la carpa de cerveza, coqueteando con su marido y mi archienemigo, Graham West.

Graham es el jefe del parque de bomberos aquí en las Montañas Greene, y siempre ha sido un auténtico dolor en el culo. Nuestra rivalidad comenzó en el instituto cuando nos enfrentamos toda la temporada por la posición de quarterback titular y casi cuarenta años después, sigue vigente.

—Deja de distraer a mis ayudantes, West —digo mientras me acerco, con los objetos robados en la mano.

Cara se pone firme ahora que ha llegado su jefe. Graham simplemente me sonríe, encantado de haberme sacado de quicio.

—No puedo evitar que me encuentre irresistible —dice, sonriéndole a ella.

—Lo siento, Sheriff —dice Cara—. ¿Qué es todo esto?

—Botín robado —digo mientras se lo entrego—. Los trabajadores de aquí están cogiendo algo más que simples entradas.

—Jodidos mangantes —dice Graham, mirando alrededor con una mirada encendida.

El tipo puede sacarme de quicio, pero sé que también siempre está cuidando de la gente de este pueblo. Si los bárbaros estuvieran a las puertas, sé que estaría montando guardia junto a mí. Nos parecemos más de lo que a cualquiera de los dos nos gustaría admitir.

—Intenta encontrar a los dueños de estas cosas —le digo a Cara —. Y pon lo que quede en tu camioneta para que puedan recogerlo más tarde en la comisaría.

—Sí, Sheriff —dice, comprobando el DNI en una de las carteras.

—Esta gente no ha terminado —digo mientras miro a todos los sospechosos trabajadores—. Así que mantén los ojos en los feriantes y no en el jefe de bomberos.

Sus mejillas empiezan a sonrojarse mientras asiente y desaparece entre la multitud para encontrar a los dueños de los objetos robados.

—Les diré a mis chicos que también estén atentos —dice Graham.

Quiero decirle que deje de distraer a mi ayudante, pero eso es solo la parte competitiva de mí manifestándose. Estoy un poco celoso de que él haya encontrado a su alma gemela y yo... no.

—Bien —murmuro antes de alejarme.

Me dirijo hacia la gran multitud frente al escenario. Todos están viendo a un tipo que canta y toca la guitarra. Es bastante bueno, cantando una versión más lenta de Bad Moon Rising de CCR. Este es un lugar perfecto para los carteristas. Todo el mundo está apiñado, viendo el espectáculo, y apenas notarían unos dedos escurridizos metiéndose en sus bolsillos y bolsos.

Pero yo lo notaré.

Me quedo allí durante tres canciones más, escrutando a la multitud hasta que un joven padre se acerca a mí con su hija de cuatro años sentada sobre sus hombros. —Me han dado mal el cambio en la taquilla —se queja—. Les di un billete de cincuenta pero solo me han devuelto el cambio de veinte, malditos estafadores.

—Vamos a hablar con ellos —digo, listo para darle su merecido al estafador.

Doy dos pasos hacia la taquilla y entonces me detengo, atónito.

La chica más hermosa que he visto jamás me deja clavado en el sitio. Capta mi atención. Capta mi *alma*.

Es... Es... perfecta.

Me quedo mirando asombrado mientras camina hacia el escenario, arrastrando una enorme funda de instrumento con ruedas. Va con otras tres chicas que también llevan fundas de instrumentos musicales, pero el de mi chica es el más grande.

—¿Sheriff? —pregunta el padre, girándose al ver que he dejado de seguirle—. ¿Vienes?

—Sí —susurro, pero mis piernas no parecen responder. Todo mi cuerpo se ha paralizado.

Me vuelvo hacia la chica y contengo la respiración, con el corazón golpeando mientras la observo. Tiene el pelo castaño claro, largo y suave, cayendo más allá de sus hombros. Mis dedos hormiguean al imaginarme deslizando mis manos entre esos gruesos mechones ondulados y atrayendo su boca hacia la mía.

Esos labios suaves y carnosos son irreales. Son tan rosados. Tan condenadamente tentadores.

Y esos ojos —*Dios mío*, esos grandes y luminosos ojos. Necesito verlos de cerca, mirándome. Quiero perderme en ellos. Sé que con una sola mirada de cerca jamás me recuperaría.

Mi polla se agita, endureciéndose ante la hermosa visión. Esas curvas... Esos pechos... Tengo que tenerla.

Pero, ¿qué edad tiene? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho?

Tengo cincuenta y dos. Demasiado viejo para un ángel como ella. Mataría por volver atrás en el tiempo. Por tener su edad. Por tener una maldita oportunidad.

Me imagino besándola y ya puedo saborear su dulce y deliciosa lengua. Ya puedo escuchar sus sexys gemidos y quejidos mientras devoro su boca suave y exuberante. Dejo escapar un gemido desesperado mientras mis ojos hambrientos la siguen hasta el escenario.

El precioso vestido veraniego que lleva ondea con la brisa, mostrando sus piernas perfectas. La tela se adhiere a sus tentadoras curvas —cintura redondeada, caderas suaves, muslos dulces. Mis dedos anhelan agarrarla, separarla, poseerla. Ella no tiene idea de lo desesperadamente que quiero sentarla en mi regazo, subirle esa falda y enterrarme *profundamente* en su caliente, estrecho y empapado coño.

Pero lo que realmente me tiene trastornado ahora mismo... No es solo lujuria. Es *necesidad*.

Cincuenta y dos años en este planeta y nunca he sentido nada parecido. Ni una vez. Ni siquiera cerca. He vivido sin ella toda mi maldita vida, pero ahora que está aquí, no sé cómo puedo aguantar un segundo más sin tenerla en mis brazos.

—Sheriff —dice el padre—. ¿Está bien?

Meto la mano en el bolsillo, saco un billete de cincuenta dólares y se lo pongo en la mano. —Toma. Quédate con esto.

—Pero el cambio no era tanto —dice, sonando confundido—. ¿Ya no vamos a hablar con el tipo?

—No —digo, mirando fijamente a mi chica—. Se acabó.

El tipo parece confundido, pero se aleja murmurando algo para sí mismo. Sé que es poco profesional, pero ahora mismo, en este momento mágico, soy incapaz de ser profesional.

No puedo apartar la mirada de ella. ¿Cómo podría alejarme, preguntándome si volveré a verla? ¿Preguntándome si nos cruzaremos en el futuro? ¿Preguntándome si tendré que pasar el resto de mi triste y solitaria vida obsesionado con este momento y odiándome por no haberme acercado a ese ángel y haberla hecho mía.

Es mía.

Esa verdad me golpea, cruda e innegable.

Es mía.

No me importa no haber hablado nunca con ella. No me importa ser demasiado viejo. No me importa no saber ni su nombre. Mi sangre lo sabe. Mis huesos lo saben. Mi corazón lo sabe. Y mi alma lo sabe.

Ella me pertenece a *mí*.

Nadie más va a tocarla. Nadie más va a oírla reír como lo haré yo, ni verla sonrojarse como lo haré yo cuando esté desnuda y temblando debajo de mí.

Me lo juro a mí mismo, al universo y a ella.

Estaremos juntos. No me importa lo que tenga que hacer para que eso se haga realidad.

Lucha mientras sube esa gran y pesada funda por las escaleras y mi pecho se tensa con algo salvaje. Algo primario. Una fuerte necesidad de cuidar de mi chica se hace presente.

Quiero quitarle esa funda de las manos y llevarla por ella. Nunca debería tener que levantar nada pesado en su vida. Ese es mi trabajo a partir de ahora.

La protegeré, la resguardaré, lucharé por ella y mataré por ella. Nunca le faltará nada. No mientras sea mía.

Todo en lo que puedo pensar es en lo rápido que puedo conseguir estar a solas con ella, lo pronto que puedo saborear su piel suave, y lo rápido que puedo hacerla gritar y suplicar por mi gruesa y dura polla.

Todo ha cambiado.

Ella todavía no lo sabe. Pero yo sí.

No es solo una chica. Es *la* chica. Mi ángel. Mi alma gemela. Mi obsesión.

Y que Dios ayude a cualquiera que intente interponerse entre nosotros.

CAPÍTULO DOS

Ellie

Otro día, otro pueblo y otro festival abarrotado. Este verano ha sido sin descanso. Parece que todo el mundo se divierte en estos eventos excepto nosotras.

Mi cuarteto ha estado completamente reservado. El dinero ha sido estupendo, pero las ruedas de nuestro pequeño grupo de cuatro empiezan a desprenderse.

Fundamos Angelic Divine hace tres años. Conocí a Sloane, Tessa y Mira en la Escuela de Música y Bellas Artes St. Elara, un prestigioso conservatorio de música al que asistimos a principios de nuestros veinte años. Tocamos juntas para un proyecto una vez, y nuestros sonidos encajaban tan bien que decidimos formar un cuarteto.

Yo toco el arpa, llevo tocándola desde que tenía seis años. Toqué una en el sótano de mi abuela hace veintiún años y desde entonces, no ha pasado ni un día sin que haya acariciado las suaves y tensas cuerdas de un arpa. Mi madre incluso llevaba una con nosotras durante las vacaciones.

Sloane toca el violín. Fue ella quien nos reunió a todas en primer lugar, pero está cada vez más desconectada. Creo que quiere seguir adelante y establecerse con su prometido. Todavía no ha dicho nada, pero sospecho que quiere empezar a intentar tener un bebé. Puedo

notarlo por cómo se comporta cuando vemos recién nacidos o niños pequeños correteando. Se pone tan feliz y con los ojos llorosos. Nuestros días con Sloane están contados.

Y luego están Tessa y Mira. Si Sloane se va, estamos acabadas. No puedo manejarlas a esas dos yo sola. Tessa toca el violonchelo y Mira canta y toca el Bodhrán, que es un tambor de marco portátil. Siempre están echándose al cuello una a otra. Estoy harta de ser la pacificadora del grupo.

También estoy harta de viajar. Cada fin de semana, otro pueblo pequeño, otro motel cutre, otro restaurante sin nada saludable en el menú. Es agotador. Y escuchar a Tessa y Mira discutir y pelear constantemente es simplemente extenuante.

Las oigo discutir, y luego escucho a Tessa desahogándose sobre Mira, y luego oigo a Mira desahogándose sobre Tessa. Soy la caja de resonancia de todos sus problemas y se está volviendo insoportable. Quiero dejarlo.

—No otra vez estos tipos —dice Tessa mientras entramos en el recinto del festival—. Son los feriantes que estaban en Holbrook.

—Ah, sí —dice Mira, mirando alrededor—. Tenían a ese tipo espeluznante que siempre estaba ligando con Ellie. ¿Cómo se llamaba?

—Cooter —digo, estremeciéndome mientras miro a mi alrededor buscándole. No me dejó en paz durante todo el día. Fue horrible.

Aprieto la funda de mi gran arpa contra mi cuerpo mientras nos apresuramos hacia el escenario. Con suerte, podremos instalarnos y empezar a tocar antes de que note que estoy aquí. Después, podremos escapar rápidamente.

Ese tipo era súper desagradable. Olía a cerveza barata y tabaco de mascar, y no paraba de guiñarme el ojo y llamarme cariño. Todavía recuerdo cómo su torcido diente de oro brillaba con el sol cada vez que decía algo que me ponía la piel de gallina.

Llegamos a la parte trasera del escenario sin que ningún feriante nos vea y empezamos a descargar nuestro equipo.

—Aquí está la lista de canciones —dice Mira, repartiendo tarjetas.

La frente de Tessa se arruga cuando la revisa. Oh, mierda, allá vamos.

—Creía que habíamos acordado empezar con una balada lenta —dice Tessa, ya alterada—. Para que el público se vaya acostumbrando poco a poco.

—Necesitamos empezar con algo animado —dice Mira, descartándola—. La lista ya está escrita en tinta, así que no hay cambios posibles.

Sloane simplemente pone los ojos en blanco y saca su móvil para enviar un mensaje a su prometido. Ya está harta de todo esto. Antes solíamos desactivar juntas las bombas Tessa-Mira, pero ahora estoy sola lidiando con toda esta locura.

—Siempre haces lo mismo —dice Tessa, arrugando el papel en su puño—. Deberíamos tomar decisiones *juntas*. Como *grupo*.

—Solo quieres empezar con una balada lenta porque destaca tu violonchelo —escupe Mira con veneno—. Eso es egoísmo, Tessa.

—¿En serio acabas de llamarme egoísta? —le espeta Tessa—. Tú eres la que *egoístamente* insiste en acaparar el protagonismo, bailando y poniéndote delante de mí todo el tiempo.

—¡Soy la cantante! —dice Mira mientras yo bajo la cabeza y suspiro.

—¡Somos un cuarteto! —dice Tessa alzando la voz—. Cada una es una participante igual.

—Chicas —digo, intentando calmar este tren de locura—. Vamos a actuar en siete minutos. ¿Podemos parar ya?

Miro a Sloane pidiendo ayuda, pero ni siquiera está prestando atención. Tiene una gran sonrisa en la cara mientras lee un mensaje. Ni siquiera está escuchando. Tío, ojalá tuviera yo un prometido guapo para distraerme de todo esto...

—Siempre te crees mejor que nosotras —dice Tessa, buscando cualquier munición que pueda lanzar contra Mira—. Te crees que diriges el grupo.

—¡Es que yo dirijo el grupo! —suelta Mira—. ¿Te has molestado tú en escribir el repertorio o reservar el motel o buscar la dirección de este sitio? No, no haces una mierda y luego te quejas de todo.

—¡Quizás lo haría si no fueras una controladora!

—¡Eh! —grito tan fuerte que sus ojos se vuelven hacia mí de golpe—. ¡Ya basta! Estamos trabajando. Comportaos como

profesionales.

¿Cómo me he convertido en la única adulta de la sala? ¿Por qué siempre soy yo el árbitro? ¿Por qué tengo que encargarme yo de esto?

Cojo todas las listas del repertorio y empiezo a editarlas con mi bolígrafo.

—Tocaremos *good 4 u* primero y así empezaremos con fuerza *y* Tessa tendrá su momento de brillar.

Ninguna dice nada mientras les devuelvo las fichas modificadas.

—¿Podemos, por favor, dejar las peleas al menos hasta que estemos en la furgoneta de vuelta a la posada?

Se lanzan miradas de odio, pero lo dejan estar por ahora.

Estoy harta de esto. Quiero dejarlo.

—Voy al baño —digo, señalando primero a una y luego a la otra —. Nada de peleas mientras no estoy.

Seguramente volverán a empezar, pero se me ha agotado la paciencia. Estoy demasiado frustrada para que me importe.

Suspiro cuando veo la cola en los aseos portátiles. Odio estas cosas y he entrado y salido de ellas durante todo el verano.

Dudo que la arpista de la Orquesta Filarmónica tenga que ir al baño en un retrete portátil asqueroso e insalubre mientras trabaja.

Necesito estabilidad. Ya no puedo seguir con esta mierda de vida en la carretera. No estoy en un grupo de punk rock ni tengo ningún deseo de unirme a uno.

Pero, ¿dónde más puedo hacer esto? No es que haya muchas ofertas de trabajo para una arpista en Pleasant Hill, de donde vengo. Es un pueblo pequeño y nada inspirador, que ni tiene colina ni es agradable. No es como si tuvieran ofertas de trabajo para arpistas en el pequeño restaurante o en el Walmart local.

Tampoco quiero mudarme a una gran ciudad. Preferiría vivir en un lugar cálido y acogedor como este.

Sonrío mientras espero en la cola y miro alrededor a todos los felices habitantes del pueblo disfrutando del festival. Los niños son adorables y parecen tan emocionados con sus caritas pintadas con purpurina y comiendo algodón de azúcar. Este pueblo es el más bonito de todos los que hemos visitado en nuestra gira, con todas

sus tiendas divertidas y restaurantes geniales, y rodeado de las montañas más majestuosas y espectaculares.

Nunca pensé en establecerme en Montana, pero podría verme viviendo aquí. Creo que nunca me cansaría de contemplar estas hermosas montañas.

Mi mirada se detiene en una pareja joven con el niño pequeño más adorable sentado sobre la hierba. El niño está destrozando salvajemente un helado mientras la madre le graba y el padre intenta, sin éxito, limpiarlo con una servilleta.

Sonrío mientras los observo, preguntándome si esa podría ser mi vida. ¿Puedo tener una versión de eso?

Un marido... Un hijo...

Me emociono un poco mientras el pensamiento persiste.

Probablemente no. Tengo veintisiete años y nunca he tenido novio. Estoy muy lejos de tener todo eso.

—Ay, mierda —murmuro cuando veo a Cooter acercándose. Intento esconderme detrás del hombre que tengo delante, pero es demasiado tarde. El asqueroso me ha visto.

—Preciosa —dice, mostrándome ese diente de oro torcido.

Puaj. Es incluso más repugnante de lo que recordaba. Su sonrisa coqueta podría cortar la leche. Su pelo grasiento está metido bajo una gorra de camionero sucia y puedo contar al menos una docena de manchas en su camiseta rota. Tiene las mangas enrolladas hasta sus delgados brazos, mostrando unos tatuajes extraños e ininteligibles que probablemente le hizo algún tatuador aficionado en su primer intento con una pistola de tatuar.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunta, sonriendo mientras esos ojos viscosos e inyectados en sangre recorren mi cuerpo de arriba a abajo.

—¿Cómo podría olvidarlo? —murmuro mientras me cruzo de brazos—. Cooter, ¿verdad?

Sonríe, mostrando de nuevo ese horrible diente de oro.

—Tienes buena memoria, preciosa.

Doy un pequeño paso atrás.

—Ojalá no la tuviera.

Se ríe con esa risa espeluznante que me pone los pelos de punta y me dan ganas de sumergir la cabeza en desinfectante.

—¿Vas a tocar otra vez ahí arriba hoy?

—Estamos a punto —miro hacia el escenario, desesperada por escapar de este tipo.

Se inclina hacia mí y capto un olor a cerveza y algo agrio.

—Estaré vigilándote, preciosa. Quizás esta vez puedas dedicarme una canción.

—Lo dudo —murmuro, mientras me alejo.

—No seas tímida —me grita—. Sabes que te gusta la atención.

No contesto. Me dirijo directamente a la parte trasera del escenario, ignorando mi vejiga que grita. Prefiero que me explote un riñón a pasar otro segundo cerca de ese asqueroso.

Cuando llego junto a las demás, Mira y Tessa están de pie en total silencio, con las mandíbulas tensas y una energía tan afilada como alambre de púas.

Suspiro.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Nada —dice Mira demasiado rápido.

—Todo —murmura Tessa al mismo tiempo.

Levanto una mano.

—Ahora no. Salimos en dos minutos. Fingid que os caéis bien durante una hora, y luego podéis mataros en la furgoneta.

Se lanzan una mirada desagradable mientras cogen sus instrumentos. Sloane sigue sin levantar la vista del móvil. Está sonriendo embelesada por cualquier mensaje cursi que le acaba de enviar su prometido.

Subimos al escenario mientras la mayoría del público se dispersa. Perdemos más gente mientras montamos rápidamente. Empiezan a dirigirse hacia los camiones de comida, las atracciones, la granja de mascotas y los baños. Hemos venido hasta aquí y hemos pasado por toda esta mierda para acabar tocando para los saltamontes.

—Buenas tardes —dice Mira en el micrófono cuando estamos listas—. Somos Angelic Divine.

Mira golpea su tambor, dándonos la señal. Toco las notas iniciales de *good 4 u* de Olivia Rodrigo, nuestras cuerdas transformando la

angustia pop en algo etéreo. La multitud empieza a darse cuenta y regresa.

Al final de la canción, tenemos bastante público. Y para cuando terminamos la tercera canción, *Close To You* de Gracie Abrams, la zona está abarrotada. Aparecen los móviles. La gente baila y canta. Y es realmente divertido.

Eso es lo desconcertante de nuestro grupo: somos buenas. *Realmente* buenas.

Tocamos en perfecta armonía, nuestros estilos uniéndose de una manera única y sincronizada. Tenemos un sonido fresco y a la gente le encantamos, pero simplemente no logramos sincronizarnos fuera del escenario.

Estoy examinando al entusiasta público cuando un hombre uniformado capta mi atención. Está de pie a un lado, alto y con hombros anchos, su placa plateada brillando bajo el sol.

El Sheriff.

Es grande y musculoso, con manos fuertes que pueden sujetar fácilmente a un hombre. *O a una mujer...*

Mis dedos resbalan ante ese pensamiento tentador y una nota aguda y desafinada suena por los altavoces.

Mira mira hacia atrás sorprendida. Tessa levanta una ceja como diciendo "¿En serio?"

Trago saliva y me recupero, obligándome a concentrarme de nuevo en las cuerdas. Pero mis manos están temblando y puedo sentir la mirada del Sheriff como calor sobre mi piel. Esos ojos marrones oscuros están *fijos* en mí.

Pero, ¿por qué?

Parece que quisiera arrestarme, ¿o quizás usar esas esposas para algo más?

Le echo otro vistazo entre canciones. Es increíblemente atractivo. Un auténtico macho alfa plateado como nunca he visto. Tiene el tipo de ojos seductores en los que te puedes perder. El tipo de manos que te harían quebrantar la ley solo para sentirlas sobre ti. Sus brazos parecen tan poderosos cruzados sobre su musculoso pecho, los sensuales tatuajes en su piel desapareciendo bajo las ajustadas

mangas de su uniforme. Y esa barba... Solo un hombre dominante como él puede tener una barba así.

Mi mente se queda momentáneamente en blanco y tengo que mirar la lista de canciones para ver qué toca ahora. *Beautiful Things* de Benson Boone. Apropiado. Es lo más hermoso que he visto jamás.

Echo una última mirada a esa sexy barba canosa y siento que mi interior se calienta y se aligera.

Mira canta suavemente mientras toco el arpa. Ella es impresionante, pero el Sheriff no aparta los ojos de mí. No la mira ni una sola vez.

Otro policía se acerca a su lado y empieza a hablar animadamente, pero el Sheriff ni siquiera gira la cabeza. Sus ojos permanecen fijos en mí.

Trago con dificultad mientras siento la excitación recorriéndome, floreciendo ardiente y fuera de control. Me imagino cómo se sentiría estar en esos grandes y sexys brazos. Me sentiría tan pequeña. Tan segura y protegida.

Bajo la mirada hacia las cuerdas de mi arpa para mantener la concentración, pero todavía puedo sentir sus ojos. Esa mirada. Firme. Intensa. Protectora. Posesiva.

¿Qué está pasando aquí?

Sigo tocando mientras intento ignorar cómo me late el corazón. El repertorio fluye de una canción a otra—de Benson Boone a Taylor Swift y luego a Radiohead—canciones que hemos perfeccionado durante el verano. El público aplaude al ritmo, riendo, balanceándose, bailando y pasándolo bien, y sin embargo todo en lo que puedo pensar es en él.

No estoy en el momento. No estoy sintiendo nada de esto.

Estoy allí. Con *él*.

Cada vez que levanto la vista, está ahí.

Observando.

Para cuando terminamos, estoy sonrojada y sin aliento.

Y estoy *ardiendo* ahí abajo.

Mira se coloca delante de Tessa y hace una reverencia dramática, lo que sé que desencadenará una pelea épica una vez que estemos

en la furgoneta.

La multitud vitorea, aplaude y nos saluda mientras nos levantamos y recogemos nuestros instrumentos. Miles de personas me aclaman, pero solo miro a una.

El Sheriff de este pequeño pueblo de montaña no aplaude.

No sonríe.

Simplemente está ahí de pie, con los brazos cruzados sobre ese ancho pecho, mirándome como si fuera la única mujer en la tierra.

El aire se siente más ligero y pesado a la vez. Mis dedos tiemblan mientras recojo mis partituras. El mundo a mi alrededor se desvanece—Mira absorbiendo los aplausos, Tessa mirándola con puñales en los ojos, Sloane ya casi fuera del escenario—y todo lo que puedo ver es a *él*.

Nuestras miradas se encuentran una última vez antes de que agarre mi arpa y me dirija hacia atrás.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le espeta Tessa a Mira, las dos ya enfrentándose.

Simplemente las ignoro. No puedo lidiar con esto ahora mismo.

Mi pulso no se calma. Mi piel sigue hormigueando. Nunca he tenido a un hombre mirándome *así*.

Me llevo una mano al corazón acelerado preguntándome qué ha sido eso.

¿Una advertencia?

¿Una promesa?

No sé qué ha sido, solo que algo dentro de mí ha cambiado.

Esa mirada se sintió como el comienzo de algo para lo que no estoy segura de estar preparada.

Y mientras mi cuarteto empieza a implosionar a mi alrededor, un pensamiento arde intensamente en mi mente.

Si el atractivo Sheriff de este pueblo decide que me quiere... no creo que haya fuerza en la tierra que pueda detenerlo.

CAPÍTULO TRES

Ryland

—¿Se encuentra bien, sheriff? —pregunta Henry, mirándome de forma extraña.

Estoy muy lejos de estar bien. Ni siquiera sé qué es esto que me pasa.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras miro fijamente al escenario vacío, con la imagen de ese ángel tocando el arpa aún fresca en mi mente. Me quedé maravillado al verla.

Ese rostro hermoso concentrado en las notas... Esos dedos finos y hábiles bailando sobre las cuerdas... Era la mujer más fascinante que he visto jamás.

Y cuando me miró... Fue como un rayo atravesando mi alma. Todavía siento la energía recorriendo todo mi cuerpo. No sé si volveré a ser el mismo de antes.

—*Sheriff* —dice Henry, dándome un firme golpe en el hombro con su mano.

Eso me saca del trance lo suficiente para girarme hacia él. Casi le ordeno que cierre el festival. Que bloquee las salidas para que ella no pueda escabullirse antes de que pueda hablarle.

—¿Qué pasa? —espeto con demasiada agresividad. Estoy nervioso sin tenerla a la vista.

—Hay un vendedor no autorizado que se niega a marcharse —dice Henry—. ¿Qué quiere que haga?

Aprieto los dientes y suelto un resoplido. Me importa un carajo algún vendedor no autorizado. No cuando la chica de mis sueños está ahí atrás esperándome.

—Si no se va, detenlo.

Mi cuerpo está ansioso mientras empiezo a caminar hacia el escenario. Henry dice algo más, pero no lo oigo con mi corazón latiendo tan salvajemente en mis oídos. Su voz suena amortiguada, como si ambos estuviéramos bajo el agua.

Estoy perdido por esta chica. Me tiene completamente trastornado.

La multitud se aparta mientras marcho hacia el escenario como un hombre con una misión. *Necesito* encontrar a esa chica. Encontrarla y hacerla *mía*.

Me apresuro alrededor del gran escenario, esperando verla en la parte de atrás. Sus tres compañeras de banda están allí discutiendo, pero ella no está.

Se ha ido.

Se me cae el alma a los pies, aterrorizado ante la idea de no volver a verla nunca.

—¿Dónde está la otra? —les ladro a las chicas.

Todas se giran y me miran sorprendidas.

—La que toca el arpa —digo, esforzándome por mantener un tono suave para no asustarlas—. ¿Dónde está?

—En el baño —dice la cantante, señalando el centro comunitario —. ¿Hay algún problema?

Corro hacia el edificio, sin tomarme ni un segundo para responderle. Tengo que verla otra vez. Tengo que hacerle saber que estamos destinados a estar juntos.

Sé que estoy actuando como un loco. Este no soy yo. He sido el sheriff de este pueblo durante nueve años y he mantenido la calma durante robos, ventiscas, peleas de bar, e incluso un extraño ataque de oso que vació todo el mercado de agricultores. No pierdo el control. No persigo a mujeres. Especialmente a mujeres que nunca he conocido.

No soy ese tipo de hombre.

Soy tranquilo, sereno y sensato sin importar las circunstancias.

Pero ahora mismo, estoy descontrolado. Gravemente.

Todavía puedo verla en el escenario tocando ese arpa, sus dedos moviéndose como seda sobre las cuerdas. El sonido que producía no era música, era tentación.

Una tentación a la que no puedo resistirme.

Aprieto los dientes y empiezo a correr.

CAPÍTULO CUATRO

Ellie

Todavía estoy temblando mientras guardo mi arpa en su estuche acolchado. Mis dedos conocen los movimientos —reajustar los pedales, cubrir las cuerdas— pero mi mente está en otro lugar completamente distinto. En un zorro plateado ardiente que lleva el uniforme más sexy que he visto jamás.

Ese sheriff. *Mmmmm*.

No puedo dejar de imaginarlo al borde de la multitud, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho, sus ojos oscuros sin apartarse de mí ni una sola vez. Incluso ahora, todavía puedo sentirlos sobre mi piel hormigueante.

—Vámonos ya —dice Sloane mientras guarda rápidamente su violín—. Quiero volver a la posada.

—¿Cuál es la prisa? —pregunta Tessa—. Quiero conseguir un perrito caliente del puesto de comida.

—Quiere hacer una videollamada con su prometido —dice Mira con una sonrisa.

—¿Por qué no puedes hacerlo aquí? —pregunta Tessa.

Mira pone los ojos en blanco.

—Porque quieren estar desnudos mientras lo hacen.

—¿Podemos irnos ya? —dice Sloane con un resoplido—. Thomas tiene que irse a trabajar pronto.

—Supongo que puedo comer en el pueblo —dice Tessa encogiéndose de hombros—. Ojalá tuviera un prometido con el que hacer videollamadas desnuda.

Somos dos.

—Solo tengo que ir al baño —digo mientras mi vejiga vuelve a dar la alarma—. Enseguida vuelvo.

Vi el edificio del Ayuntamiento mientras estaba en el escenario, así que corro hacia allí en lugar de ir a los aseos portátiles. Seguro que hay un baño allí.

Mientras cruzo el campo lleno de gente, busco al Señor Sheriff Sexy, pero no lo veo.

¿Adónde ha ido?

No hay ni rastro de él. Quizás si empiezo a gritar "¡SOCORRO!" a pleno pulmón, vendrá corriendo...

Contrólate, Ellie.

Sacudo la cabeza para quitarme ese pensamiento ridículo y entro en el edificio por una puerta lateral. Hay algunas oficinas cerradas y, bingo, un cartel que indica dónde está el baño.

Unos momentos celestiales después, me estoy lavando las manos mientras intento recordar si vi un anillo de boda en la grande y fuerte mano del Sheriff.

Quizás esté soltero, pienso mientras me seco las manos y abro la puerta. *Quizás él está—*

—¡Oh, mierda!

Me doy de bruces con Cooter. Está bloqueando la entrada con una sonrisa maliciosa en la cara.

Oh no...

Me veo obligada a retroceder hacia el baño mientras él entra como si fuera el dueño del lugar.

Se me revuelve el estómago. Esto no es bueno.

—Este es el baño de mujeres, Cooter —. El baño de mujeres muy vacío y muy apartado.

Mi pulso comienza a acelerarse mientras miro alrededor buscando otra salida. No hay ninguna.

Me dedica una sonrisa lasciva, mostrando ese diente de oro torcido. ¿En serio se supone que eso debe impresionar a alguien? Ese diente de oro no engaña a nadie cuando lleva una gorra de camionero manchada de sudor y una camiseta rasgada que huele a aceite de freír rancio.

—Cariño —arrastra las palabras, con los ojos recorriéndome mientras se apoya en la puerta—. Te ves muy bonita cuando tocas ese arpa tan grande.

Me dan ganas de vomitar.

—Déjame en paz. No puedes estar aquí.

—Ay, no seas así —. Se aparta de la puerta, acercándose—. Solo quería un minuto contigo. A solas. Tú y yo.

Retrocedo hacia los lavabos, con el corazón martilleando.

—Tienes que irte.

Se ríe, un sonido bajo y espeluznante que me pone la piel de gallina.

—¿No puede un hombre hacerle un cumplido a una dama? Eres tan estirada. Apuesto a que serías muy dulce una vez que te soltaras.

—No estoy interesada —. Mi voz suena más firme de lo que me siento—. Vete. Ahora.

No se va. Extiende la mano y me agarra del brazo, clavándome los dedos con fuerza suficiente para que me duela.

—No seas así, cariño. Te gustaba cuando te estaba mirando. Se notaba.

—No, no me gustaba —. Mi corazón se acelera—. Suéltame.

Su sonrisa se tuerce en algo más mezquino.

—Tal vez solo necesites un hombre que—

Le doy una bofetada en la cara. Fuerte.

El chasquido resuena en las paredes de azulejos.

—¡Socorro! —grito tan alto como puedo—. ¡*Socorro!*

Su cabeza se ha girado por la bofetada y cuando vuelve a mirarme, sus ojos están más oscuros y malignos.

—Te vas a arrepentir de eso —sisea.

Hago una mueca y cierro los ojos mientras levanta el brazo para abofetearme.

Pero el golpe nunca llega.

La puerta se abre de golpe y una mano más grande atrapa su muñeca en el aire.

Jadeo.

El Sheriff.

Parece aún más grande de cerca. Incluso con todo lo que está pasando, ese es el primer pensamiento que me pasa por la cabeza.

Trago saliva mientras miro su corpulenta y musculosa figura que se cierne sobre mí y Cooter. Su uniforme está tensado sobre su imponente pecho. Las ajustadas mangas aprisionan sus fornidos brazos mientras aprieta la muñeca de Cooter como un tornillo. Se ve tan dominante. Tan en control. No hay ni un ápice de miedo en esos sexys ojos marrones.

—¿Ibas a golpearla? —Su voz es un gruñido bajo, peligroso y frío.

Cooter grita cuando el Sheriff aplica más presión. Sus rodillas se doblan, pero el Sheriff no lo suelta.

—¡No iba a hacerlo! —balbucea Cooter—. ¡Lo juro!

El Sheriff envuelve su mano libre alrededor del cuello de Cooter y lo estampa contra la pared de azulejos con tanta fuerza que el dispensador de toallas de papel se estremece. —No me mientas —gruñe en su cara—. Conozco a hombres como tú. Hombres que creen que pueden tomar a un ángel como ella y hacer cualquier maldad que quieran.

Los ojos de Cooter se abren como platos mientras el Sheriff le aprieta el cuello con más fuerza.

—No en mi pueblo —sisea el Sheriff—. No con mi chica.

Mis mejillas se encienden cuando le oigo llamarme *su chica*. No puede ser lo que quería decir. ¿O sí?

—Si alguna vez te vuelvo a ver en las Montañas Greene —continúa—. Si alguna vez vuelves a *mirar* siquiera a ese ángel... —Su mandíbula se tensa mientras la imagen pasa por su mente.

—¡Cuidado! —chillo cuando veo la mano de Cooter deslizándose hacia su bolsillo. Saca una navaja, pero el Sheriff la maneja con facilidad. La aparta de un golpe y luego le da una rodillazo en el estómago con tanta fuerza que el cretino se dobla en dos. El Sheriff

aleja la navaja de una patada y esta se desliza bajo el cubículo del baño.

—Estás arrestado, maldito cabrón —dice mientras lo levanta, lo hace girar y le aplasta la mejilla contra la pared. Lo hace con tanta facilidad. Como si Cooter fuera un niño.

—Esa zorra me abofeteó —gruñe Cooter mientras el Sheriff le presiona la mejilla contra los azulejos con su grueso antebrazo.

—Vuelve a llamarla zorra —gruñe el Sheriff mientras aumenta la presión—. Te reto a que lo hagas.

Quizás Cooter no es tan tonto como parece porque se queda callado.

—Tienes suerte de que solo te pongan las esposas —dice el Sheriff mientras le tira del brazo hacia atrás con un movimiento fluido. El chasquido metálico de las esposas es el sonido más dulce que he escuchado jamás.

—Emmanuel —dice el Sheriff por la radio de su hombro—. Tengo a un feriante bajo custodia en el baño de mujeres del Ayuntamiento. Ven a buscarlo.

Se oye un crujido estático, luego la voz de Emmanuel: —*Voy para allá*.

Cooter se retuerce y suelta una retahíla de palabrotas, pero el Sheriff se mantiene tranquilo y en completo control. Su mano permanece envuelta alrededor del brazo del paleto como si fuera de hormigón.

Mi corazón late con fuerza cuando volvemos a establecer contacto visual, pero no estoy segura si es por el susto o por algo más.

—¿Estás bien, ángel? —pregunta, con sus ojos oscuros suavizándose lo justo para que mis rodillas flaqueen.

Asiento con la cabeza, sin confiar en mi voz. La visión de este zorro plateado sujetando a Cooter como si no fuera nada hace que todo mi cuerpo vibre.

Este hombre es pura autoridad. Es protector. Posesivo. Un *auténtico* alfa. No un perdedor que se disfraza de alfa en internet. Este hombre vive y respira ese título. Para él es algo natural.

—Yo... sí. —Mi voz tiembla—. Gracias.

Inclina la cabeza, examinándome en busca de heridas. —¿Te ha hecho daño?

—No he hecho una mierda —berrea Cooter—. ¡Esa zorra me abofeteó! Te lo dije, joder.

—Te lo advertí —dice el Sheriff en un tono bajo y letal.

Parece que está a punto de hacer algo violento cuando un policía gigante con bíceps del tamaño de rocas entra como una exhalación. Ese debe ser el policía al que llamó, Emmanuel.

El Sheriff aprieta el puño, respira hondo y empuja a Cooter hacia los brazos de Emmanuel. —Llévalo a comisaría.

Emmanuel mira a su jefe, luego a mí, y de nuevo a su jefe. —¿Estás bien? —pregunta.

—Sácalo de mi vista o tendrás que sacarlo de aquí en brazos —gruñe el Sheriff.

—A sus órdenes —dice Emmanuel mientras se lo lleva, golpeándolo "accidentalmente" contra el marco de la puerta.

Respiro aliviada ahora que se ha ido.

Solo quedamos el Sheriff guapo y yo, y el eco de mi pulso en mis oídos.

—¿Estás bien? —pregunta, con esos ojos marrones llenos de amabilidad y preocupación.

Asiento, pero empiezo a temblar. Probablemente sean solo nervios o adrenalina, pero mis manos tiemblan.

Se acerca y toca mi brazo. Eso calma parte del temblor y me hace sentir mejor. —¿Te ha hecho daño?

—No, pero iba a hacerlo. —Mi voz está temblorosa mientras lo miro—. Entonces apareciste tú.

Se inclina un poco, sus intensos ojos fijos en los míos. —Eso no volverá a pasar. No mientras yo respire. No dejaré que nadie te toque.

Trago saliva cuando veo la sinceridad en sus ojos. Lo dice en serio. ¿Quién *es* este hombre?

—¿Cómo te llamas, ángel?

—Ellie —digo.

Se acerca más, sin acorralarme, pero lo suficientemente cerca como para que pueda oler su colonia amaderada. Su mano roza mi

codo —solo un toque, pero envía un cosquilleo por mi brazo.

—Has sido muy valiente —dice, con voz baja y suave—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto.

—Estoy bien. —Lo digo tanto para mí como para él—. Gracias a ti.

—Hiciste lo correcto.

—¿Abofetearlo?

Sonríe. —Hacer ruido. —Su mirada cae a mi boca durante un peligroso latido—. Te oí.

Trago saliva con dificultad.

—Seguro que le diste un buen golpe —dice con una risita—. Se lo pensará dos veces antes de volver a meterse contigo.

Sí, porque ahora tengo un Sheriff macizo que me protege.

—Gracias por... oírme.

Su mano sigue en mi codo. Su pulgar se mueve una vez —solo una caricia suave, casi imperceptible— y mis rodillas amenazan con fallar.

—Te vi allí arriba —dice en voz baja mientras retira su mano—. En el escenario. Estabas... —Exhala como si le costara—. ...magnífica.

—Yo también te vi —digo, con las mejillas ardiendo—. Me estabas mirando.

—No podía apartar la mirada. —Su mandíbula se tensa—. Diste un espectáculo fascinante.

Se me corta la respiración. Durante un instante, el mundo entero se reduce a sus profundos ojos seductores, su mano todavía cálida en mi brazo, su olor —embriagadoramente masculino.

Un crujido en su radio rompe el hechizo. La voz de una mujer suena tensa y urgente. —*Sheriff, tenemos una situación junto a la taquilla. Algunos se están poniendo violentos por lo de Cooter*.

Sus ojos se endurecen al instante. El instinto protector se enciende como una luz y pulsa el botón de su radio. —Voy para allá.

Se inclina hacia mí y juro que la habitación se inclina. O tal vez la gravedad está fallando. No lo sé. La proximidad de este hombre me está volviendo loca.

—Tengo que irme, Ellie —dice como si le causara dolor.

Me mira durante un largo momento y por un vertiginoso segundo, pienso que va a besarme. En su lugar, toma un lento respiro como si estuviera conteniéndose, inclina la cabeza una vez y se dirige hacia la puerta.

—¡Espera! —le grito antes de que sea demasiado tarde—. ¿Cómo te llamas?

—Ryland —dice con una sonrisa sexy—. Ryland Grey.

Y así, sin más, se ha ido. Me echo agua fría en la cara y luego me agarro al lavabo, intentando convencer a mis piernas para que funcionen correctamente antes de salir.

Efectivamente hay un alboroto junto a la taquilla. El corazón me late con fuerza mientras me acerco para ver.

Un grupo de feriantes está gritando a Emmanuel mientras arrastra a Cooter hacia el coche patrulla. Tres agentes, una mujer y dos hombres, intentan contener la ola de feriantes enfurecidos.

Ryland marcha hacia ellos como una tormenta en uniforme.

—¡Atrás! —grita, con voz cargada de autoridad—. El que quiera pasar la noche en una celda con vuestro amigo, que dé un paso adelante.

—¡No ha hecho nada! —grita un tipo obeso con una camiseta sin mangas sucia—. ¡No podéis llevaros a nuestro colega!

—Puedo hacer lo que me dé la puta gana —gruñe Ryland—. Este es mi pueblo. Y ese pedazo de mierda ha agredido a una mujer y me ha atacado con un cuchillo. Ahora, ¿queréis seguir poniéndome a prueba o preferís iros a casa con todos los dientes?

Al paleto feriante ya le faltan un montón de dientes, así que supongo que esa amenaza no le impresiona mucho. Da un paso adelante y dos de sus colegas se despliegan a sus lados.

El sheriff Ryland ni siquiera pestañea.

El Sin Mangas toma entonces la peor decisión de su vida. Le toca el enorme pecho a Ryland con el dedo índice. —Que te. Jodan.

En un fluido movimiento que me deja sin aliento, Ryland le agarra el dedo, dobla la muñeca del tipo en un ángulo extraño y lo estampa contra el mostrador de la taquilla con tanta fuerza que hace temblar toda la caseta.

La multitud jadea.

Alguien vitorea. Otro tipo se ríe.

Uno de los feriantes retrocede. Es el listo. El otro se lanza hacia delante, pero la policía está preparada. Lo agarra mientras Ryland cierra las esposas alrededor de las muñecas del Sin Mangas.

—¿Alguien más? —pregunta Ryland, con aspecto de estar casi aburrido mientras arrastra al tipo hacia el coche de policía.

Otro feriante decide que efectivamente quiere ser ese "alguien más". Saca una navaja y se abalanza.

Ni siquiera veo lo que hace Ryland —es como ver cambiar una tormenta—. En un segundo el tipo viene dispuesto a atacar, al siguiente, Ryland lo tiene boca abajo en el césped, con la rodilla presionada entre sus omóplatos y los brazos inmovilizados. El tipo está completamente desarmado e indefenso.

Mis entrañas se encienden mientras le veo dominar a estos criminales. La excitación me recorre como un incendio, pillándome por sorpresa.

Es *tan* atractivo.

Quiero sentir esas manos sobre mí así —inmovilizándome, manteniéndome en mi sitio—. Quiero sentirlo encima de mí. Quiero sentirlo *dentro* de mí.

El resto de los feriantes se dispersa mientras Ryland y los otros policías meten a los detenidos en los coches patrulla.

La multitud está zumbando, excitada por el espectáculo y orgullosa de que sus policías locales les mantengan a salvo. Algunas personas están grabando con sus móviles.

Cuando todo termina, dejan escapar un vitoreo colectivo para las fuerzas policiales de su pueblo.

Siento una oleada de orgullo —no sé por qué— mientras veo a Ryland saludar respetuosamente a su gente.

De repente mira alrededor como si estuviera buscando algo o a alguien. Creo que podría ser a mí, pero por alguna razón, me escondo detrás del tipo grandote que tengo al lado.

—¿Podemos irnos *ya*, por favor? —dice Sloane, tocándome el hombro y haciéndome saltar casi medio metro, de lo sobresaltada que estoy—. ¿Dónde has estado?

—Yo... Eh... —Miro hacia atrás, a Ryland, arrepintiéndome de haberme escondido, pero el momento ha pasado. Está ocupado con los criminales.

Sloane me agarra la muñeca y empieza a tirar de mí hacia el escenario. Yo me dejo llevar a regañadientes.

Mira y Tessa ni siquiera se miran cuando regreso. Pero, ¿qué hay de nuevo en eso?

No me involucro. No digo ni una palabra.

Simplemente cojo mi arpa y la llevo rodando hasta la furgoneta.

Mis ojos se dirigen inmediatamente hacia las luces parpadeantes de los coches de policía cuando salimos de detrás del escenario.

Inmediatamente encuentro a Ryland y mantengo mis ojos fijos en él mientras cruzo el festival, casi atropellando a un perro pequeño con mi gigantesco estuche de arpa en el proceso.

—¡Lo siento! —digo mientras me apresuro.

Ryland termina de hablar con un agente y levanta la cabeza. Sus ojos se encuentran con los míos, como si lo supiera, como si me *sintiera* mirando. Su mirada se fija en mí a través del campo abarrotado y asiente lentamente.

Mis mejillas se sonrojan. Mis pies se ralentizan.

—¡Vamos, Ellie! —dice Sloane, soltando un suspiro frustrado—. No quiero perderme a Thomas.

Sacudo la cabeza y me apresuro, aunque echo unos cuantos vistazos más al sexy sheriff.

Todavía está en acción, todavía dando órdenes, todavía irradiando esa energía de macho alfa, pero su mirada sigue clavada en mí.

Solo... en mí.

Todo dentro de mí se inclina hacia él como una luna atraída por una inmensa gravedad.

Y mis pies dejan de moverse.

Sloane suelta un suspiro de rabia, da media vuelta, me agarra del brazo y me arrastra el resto del camino hasta la furgoneta.

Doblamos la esquina y no vuelvo a verle.

Tessa explota cuando llegamos al aparcamiento. —¡Te has inclinado justo delante de mí como si ni siquiera estuviera allí!

—Se llama puesta en escena, cielo —le responde Mira mientras abre la puerta corredera de la furgoneta—. Deberías probarlo alguna vez.

—Estoy tocando el *violín*, Mira —espeta Tessa mientras Sloane nos apremia, metiendo las fundas de los instrumentos en el maletero —. ¿Qué coño esperas que haga? ¿Que baile una giga?

Normalmente, estaría en medio de todo esto intentando calmar la situación, pero todo ha cambiado. Es como si todo mi mundo hubiera cambiado de eje.

La chica que entró en este festival hace una hora no es la misma chica ahora.

Y el Sheriff Macizo Sexy es el motivo.

CAPÍTULO CINCO

Ellie

—*Dios mío* —jadeo al despertarme en mi habitación de la posada en plena noche. Mi cuerpo está *ardiendo*. Mi sexo está *palpitando*.

Arranco las sábanas mientras mis caderas se retuercen sobre la cama, mi sexo exigiendo ser tocado.

Acabo de soñar con él.

El sheriff Ryland Grey.

Fue un sueño sucio. Fue un sueño *increíble*.

Estaba encima de mí, en esta cama, separándome las piernas, presionando su peso sobre mi cuerpo tembloroso.

Esa boca... esas manos... esa polla grande y dura...

Tiemblo y empiezo a tocarme mientras pienso en la forma posesiva en que me miraba esta tarde.

Dios, estoy tan húmeda. Tan necesitada.

Nunca he estado tan excitada. Soy como un animal en celo.

Me froto el clítoris mientras pienso en él, más fuerte y más rápido, recordando esos sexy brazos tatuados, esos labios tentadores, ese pecho ancho y fornido.

Me corro en tiempo récord, arqueando la espalda sobre la cama mientras ahogo un grito.

Mis piernas tiemblan mientras me derrumbo en el colchón, tan contenta de que por una vez hayamos decidido pagar habitaciones separadas.

Tengo que verlo. Simplemente tengo que hacerlo.

Cojo el móvil con mis manos temblorosas y lo busco.

Hay un artículo de hace tres años. Salvó a una niña pequeña de un incendio.

¿Estás de broma?

¿Está el universo intentando matarme?

Mi excitación vuelve con furia cuando le veo en la foto posando con la adorable niña. Se ve jodidamente sexy.

El pie de foto dice: *Es mi héroe.*

Es suficiente para acabar conmigo. La lujuria se apodera de mí una vez más, extendiéndose desde mi cabeza hasta los dedos de mis pies y cada centímetro ardiente entre medias. Mi sexo palpita mientras apoyo el teléfono contra una almohada, con su sexy foto mirándome directamente.

—Este va por ti, señor Sheriff —digo mientras empiezo a frotarme como una loca en celo.

Me corro incluso más rápido y más fuerte esta vez.

Eso es...

Tengo que volver a verlo.

No puedo irme de este pueblo sin verlo una vez más.

Mañana por la mañana... iré...

Pero por ahora...

Tengo esta foto y mis dedos para consolarme.

No es el Señor Sheriff Sexy, pero tendrá que bastar.

Por ahora...

CAPÍTULO SEIS

Ryland

—Vaya, sheriff —dice Emmanuel cuando me tumbo en el banco de press—. ¿Qué mosca te ha picado?

Henry silba mientras se acerca a mirar. Cara también. Incluso Santino se quita sus grandes auriculares con cancelación de ruido y se une al grupo.

Estamos todos en la sala de pesas en la parte trasera de la comisaría para nuestro tradicional entrenamiento del lunes por la mañana. Es algo que llevamos haciendo durante años. Se suponía que era un ejercicio para fomentar el espíritu de equipo, pero normalmente acabamos soltando tonterías y burlándonos unos de otros.

—No sabía que podías levantar tanto peso —dice Santino mientras agarro la barra.

—Yo he levantado más que eso —dice Henry sin un ápice de ironía en su voz. El hombre está muy lejos de poder levantar este peso con su barriga cervecera y todo ese peso extra que lleva encima. El matrimonio le ha ablandado.

Emmanuel suelta una risa nasal. —Venga ya, Henry. No podrías ni levantar esa barra aunque las pesas estuvieran hechas de espuma.

—*Chicos* —espeta Cara—. Dejad que el jefe se concentre.

Todos observan mientras levanto la barra con un gruñido. Se dobla bajo el tremendo peso, pero no se rompe mientras la subo y la bajo lentamente.

Mis músculos están gritando. Mi corazón está latiendo con fuerza. Solo aprieto los dientes y me centro en empujar esta barra. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo.

—Joder —susurra Santino mientras observa.

Estuve despierto toda la noche. Creo que no pegué ojo.

Esa chica...

Me hizo algo.

Algo que no acabo de entender. He vivido cinco décadas y he conocido a todo tipo de chicas. De todos los tamaños, formas y personalidades posibles y *nunca* me he sentido tentado. Ni una sola vez.

Pero esta chica... Este ángel... Se ha grabado en mí. Se ha metido bajo mi piel y en mi corazón. Se ha adueñado de cada pensamiento que tengo.

Estoy... *obsesionado* con ella.

Mi Ellie.

—Nueve —cuenta Cara mientras subo y bajo la barra—. Diez. Once.

Tengo tanta adrenalina corriendo por mis venas que tengo que sacarla de alguna manera. Anoche intenté masturbarme, pero eso solo lo empeoró. Después de la tercera vez, pensando en ella, me di cuenta de que era inútil. Solo me hacía sentir más solo. Solo me recordaba que ella no estaba allí. Que nunca estaré completo sin ella.

Hago dos repeticiones más y luego dejo caer la barra en el soporte. Toda la estructura tiembla mientras mi equipo estalla en vítores y exclamaciones de incredulidad.

—No está mal para un viejo —dice Henry, dándome una palmada en el hombro mientras me incorporo.

Normalmente, ni siquiera pensaría dos veces sobre un comentario así, pero hoy me duele. Viejo.

Maldita sea. ¿Soy demasiado mayor para ella?

¿Qué edad tenía? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho?

Yo tengo cincuenta y dos. Podríamos tener veinticinco años de diferencia. ¿Es demasiado?

¿Importa realmente la edad cuando dos adultos tienen una conexión?

Sé que si ella fuera veinticinco años mayor que yo, seguiría deseándola. Nada apagaría mi sed por esta chica. Nada.

—¿Es un récord personal? —pregunta Cara, contando los discos en la barra.

—Lo dudo —digo encogiéndome de hombros con mis abultados hombros—. Solía ser una bestia en mis veinte.

—*Solía* ser —dice Emmanuel con una carcajada—. Sheriff, creo que sigues siendo toda una bestia.

—Mirad esto —digo mientras cojo más peso y lo deslizo sobre la barra. Si estos chicos quieren un espectáculo, les daré uno. Les mostraré lo que un "viejo" puede hacer.

—¿Qué coño? —susurra Santino mientras me tumbo y empiezo a levantar.

—En serio, sheriff —dice Cara, observando con asombro—. ¿Te ha mordido una araña radioactiva o algo así?

Simplemente los ignoro a todos, mirando al techo, pero solo viéndola a ella, mientras levanto arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo.

La busqué anoche. Había algunas fotos impresionantes de ella en la web de Angelic Divine. Debí de mirarlas durante horas.

Mis brazos empiezan a temblar mientras la gravedad comienza a ganar. Emmanuel agarra un extremo de la barra y Santino agarra el otro. Ambos gruñen mientras los tres levantamos la barra y la colocamos en el soporte.

Todos me miran con asombro mientras me levanto y tomo un sorbo de agua. Giro los hombros y sacudo los brazos. Me veo en el espejo y, joder, parece que estoy en forma. Mis músculos están hinchados al máximo y estoy a punto de reventar esta camiseta sin mangas de entrenamiento.

Trato de imaginarme a través de los ojos de una mujer de veintiocho años. Soy alto y musculoso con tatuajes que creo que son

bastante guays. Quizás mi pelo es demasiado gris. Tiene mucho negro, pero ¿quizás demasiado gris? ¿Cuándo demonios ocurrió eso? Maldita sea, ¿hay algún tinte o algo con lo que pueda arreglarlo?

Suspiro mientras paso mi mano por mi pelo. No estoy metido en todo ese rollo de la belleza. Nunca he puesto un pie en un salón de belleza y no sabría qué hacer si lo hiciera. He tenido el mismo barbero —Ron— durante los últimos treinta años. No creo haberle visto nunca teñirle el pelo a nadie.

Cara está en la cinta de correr, así que me acerco y me quedo a su lado mientras ella trota.

—Ha sido muy impresionante —dice—. No puedo esperar a contarle a Graham cuánto has levantado.

Sonrío, sabiendo que eso va a molestar muchísimo a mi archienemigo. Que intente el jefe de bomberos levantar eso sin romperse algo.

—Oye, ¿qué piensas de mi pelo? —pregunto, manteniendo la voz baja para que los chicos no me oigan.

—¿Tu pelo? —Sus ojos se dirigen a la parte superior de mi cabeza—. ¿Qué pasa con él?

—¿Está demasiado canoso?

—No —dice, pareciendo confundida—. Se ve bien. Espera, ¿esto es por esa chica de ayer?

—¿Qué chica? —digo, intentando sonar tranquilo y casual aunque mi corazón de repente late acelerado.

—Esa arpista —dice con una sonrisa—. La que no dejabas de mirar.

—No —digo, retrocediendo—. Eso fue por... un... trabajo, y...

—Claro, Sheriff —dice con una risita mientras me quedo sin palabras—. No tienes nada de qué preocuparte con tu pelo.

Estoy a punto de decirle que está totalmente equivocada, cuando Santino me llama.

—Sheriff —dice mientras vuelve de la entrada—. Hay una chica aquí que quiere verte.

El estómago me da un vuelco. *No puede ser... Es imposible...*

Me dirijo hacia la entrada con las entrañas vibrando como locas. Si es ella, no sé qué voy a hacer.

Un cálido deseo inunda mi cuerpo cuando doblo la esquina y la veo. Ellie está de pie en la zona de recepción con una caja blanca de la pastelería Warm Loaf, luciendo más radiante de lo que incluso mis sueños más vívidos podrían concebir.

Nuestras miradas se encuentran y es como si todo mi cuerpo cobrara vida. Se siente correcto. Se siente como si finalmente estuviera completo. Como si por fin hubiera llegado a casa después de un largo y arduo viaje.

Sus ojos azules se abren de par en par cuando mira mis brazos expuestos y mi pecho musculoso. Quizá debería haberme puesto una camisa con mangas, pero me gusta cómo contiene la respiración mientras me mira. Ya no me siento tan viejo. No con la manera en que me está mirando.

Con sus ojos distraídos, yo también la observo. Lleva unos vaqueros azules que se adhieren a esas deliciosas caderas de la manera más hipnotizante. Se me hace la boca agua mientras subo la mirada hasta su ajustada camiseta blanca, sus hermosos pechos haciendo todo lo posible por robarme toda la atención. Tengo que apartar los ojos de ellos antes de que piense que soy tan malo como Cooter.

Es tan hermosa. No puedo superarlo. Su cabello dorado está suelto hoy, brillando y resplandeciendo mientras capta la luz del sol que entra por las ventanas delanteras. Los sedosos mechones enmarcan su rostro perfecto. Piel perfecta, labios jugosos y los ojos azules más cautivadores que jamás haya visto.

Si tenía alguna duda de que no era tan perfecta como la recordaba, ahora están siendo aniquiladas. Esta chica es la perfección. Es la chica de mis sueños.

He visto criminales, gente de la peor calaña y todo tipo de fealdades en esta comisaría. Algunas de las peores personas del estado han estado donde ella está ahora, y ese contraste despierta algo primitivo en mi interior. Lo siento de nuevo, esa oleada profunda en mi pecho: protectora, primaria, posesiva.

La necesidad de tomar a esta dulce e inocente chica y esconderla de todos los horrores del mundo arde intensamente.

—Hola —dice tímidamente mientras agarra la caja blanca con nerviosismo. Esas adorables mejillas se vuelven rosadas mientras se lame los labios—. Solo quería darte las gracias por lo de ayer.

Me tiende la caja—. Macarons. De la pastelería. Espero que te gusten.

Pongo mi mano en la caja y por un momento estamos conectados a través del cartón.

—Ellie —digo, mi voz áspera como papel de lija—. No tenías que hacerlo.

—Lo sé —dice mientras suelta la caja—. Pero quería hacerlo. Fuiste muy valiente y estabas ahí justo cuando te necesitaba.

Sonrío mientras coloco la caja en el mostrador y me acerco para que no haya nada entre nosotros.

Ella cambia el peso de un pie a otro mientras me mira. Si supiera lo que me hace —cómo mi corazón late cada vez que habla, cómo el aire parece cargado solo con tenerla cerca— saldría corriendo de vuelta al pueblo del que vino.

—Me alegro de haber llegado a tiempo —digo, con los dedos hormigueando por la necesidad de tocarla. En su lugar, los mantengo bloqueados a mis costados—. No habría podido soportar que te pasara algo malo.

Sus mejillas se sonrojan y se muerde el labio inferior—. Este pueblo tiene suerte de tenerte.

—No, yo tengo suerte de tener este pueblo —digo, sonriendo—. Las Montañas Greene son el mejor lugar de la Tierra. ¿Te vas a quedar? Me encantaría mostrarte algunos de los lugares más bonitos.

—Nos vamos esta tarde...

El estómago me da un vuelco. Esto no puede terminar antes de haber empezado.

—Pero... Quizá podría quedarme un día más —dice con una sonrisa tímida—. Necesito un descanso de las chicas. Siempre están discutiendo y ya no lo soporto más.

—Me parece una idea maravillosa —digo, sintiendo como si todo mi futuro se estuviera desplegando ante mí. Y es un futuro que no puedo esperar a comenzar—. ¿Qué te parece hacer senderismo?

Es un día precioso, no tengo que trabajar, y la idea de ver a la chica de mis sueños en mis montañas es simplemente demasiado irresistible para dejarla pasar.

—Me encanta el senderismo —dice—, pero no tengo zapatos adecuados.

Lleva zapatos planos. Eso no servirá en absoluto. No en estas montañas.

—Déjame llevarte a Greene Adventure —digo—. Te compraré unas botas de senderismo y te mostraré unas vistas que te dejarán sin aliento.

Se le corta la respiración mientras sus ojos recorren rápidamente mi cuerpo. Parece que ya le estoy mostrando una vista que la deja sin aliento.

—Me gustaría —dice, asintiendo con una adorable sonrisa en su rostro—. Pero no tienes que comprarme zapatos. Los pagaré yo.

Ya veremos. Quiero mimar a este ángel.

Y tengo todo el día para hacerlo.

Pero con suerte, si este día sale bien, tendré más que un día.

Tendré toda una vida para mimarla, como se merece.

CAPÍTULO SIETE

Ryland

—¿Lista, ángel? —pregunto después de darme una ducha rápida, ponerme ropa limpia y estar preparado para salir con Ellie.

—Sí —dice, levantándose con entusiasmo. Casi extiendo la mano para tomar la suya mientras salimos. Se sentiría tan natural, tan correcto, pero aún no hemos llegado a ese punto. Con suerte, pronto lo haremos. Me gustaría poder coger su mano cuando me apetezca. Algo me dice que una vez que la tenga entre las mías, nunca querré soltarla.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice mientras caminamos por la calle hacia Greene Adventure.

—Lo que sea.

—¿Por qué sigues llamándome ángel?

—Es lo único que pude pensar cuando te vi tocando el arpa en el escenario —digo—. Ángel. Si los ángeles existen, nadie podrá convencerme de que tú no eres uno de ellos.

Ella aparta la mirada, intentando ocultar su sonrisa, pero aun así puedo ver cómo se sonrojan sus mejillas.

—Vamos a conseguirte unas zapatillas —digo, lanzándome a la piscina y tomando su mano. Ella me la ofrece y aprieta la mía—. ¿O vas a subir volando la montaña con alas de ángel?

—No tengo alas —dice con una risa—. Pero ¿estás seguro de que estos zapatos no son suficientemente buenos?

—¿Para estas montañas? Ni de broma. No voy a arriesgarme a que te caigas.

Entramos en Greene Adventure y la equipamos con nuevas zapatillas de montaña y un conjunto nuevo. Va a tener demasiado calor con vaqueros, así que le cojo unos pantalones cortos, una camiseta transpirable de senderismo y un sombrero. Sé que no querrá que pague yo, pero hoy voy a pagar todo. De ninguna manera mi chica va a pagar nada en nuestra primera cita.

Le doy discretamente mi tarjeta al dependiente y la cobra sin que ella se entere.

—Ni hablar —dice cuando el dependiente le comunica que ya está pagado. Se gira hacia mí con ojos acusadores—. ¡No tenías por qué hacerlo!

—Yo te invité a la cita, así que yo pago —digo con un tono definitivo—. Lo siento, son las reglas de Greene Mountain.

—¿Así que esto es una cita? —pregunta con una sonrisa.

Oh, mierda. ¿Estaba interpretando mal las señales?

—¿No lo es?

—Si tú quieres —dice con un encogimiento de hombros tímido.

—Quiero.

Se pone de puntillas y me da un beso suave y dulce en la mejilla —. Entonces, es una cita. Gracias por el equipo de montaña.

—Puedes agradecérmelo no cayéndote de la montaña.

Dejamos su ropa con el dependiente y salimos completamente equipados para la montaña. Es un precioso día de verano y nos dirigimos al mejor sendero de la zona. Sé que le va a encantar. He estado subiendo por él durante cincuenta años y todavía me deja sin aliento.

—¿Adónde me llevas? —pregunta cuando llegamos al inicio del sendero que se adentra en el bosque en la base de las montañas.

—Al Punto de Lanzamiento de Ícaro —le digo—. El mejor mirador que verás jamás. Las vistas son espectaculares.

Sonríe mientras caminamos bajo el dosel de hojas—. Mi madre me daría un buen sermón si supiera que me estoy adentrando en el

bosque en una primera cita con un desconocido.

—Ya hemos pasado por mucho juntos —digo—. No creo que sea un desconocido a estas alturas.

—No —susurra—. Definitivamente no lo eres.

—Pero estoy de acuerdo con tu madre. Parece una señora inteligente.

Ellie se ríe y toma mi mano. Siento que todo está bien en el mundo mientras subimos la montaña, hablando de todo lo que se nos ocurre.

Aprendo mucho sobre ella. Sobre su familia y su hogar en Minnesota. Cómo está deseando mudarse de casa de sus padres pero está esperando el momento adecuado. Sobre cómo ha estado tocando el arpa todos los días de su vida y cómo comenzó Angelic Divine y cómo está en las últimas.

Cada palabra que dice me sumerge más profundamente en el amor. Para cuando llegamos al primer mirador, estoy completamente cautivado.

—He estado hablando demasiado —dice, cubriéndose los ojos con vergüenza—. Lo siento.

—No lo sientas —digo, mirando su precioso rostro e ignorando el paisaje—. Estoy pendiente de cada palabra.

—Yo he hablado todo el tiempo —dice—. Cuéntame algo sobre ti. ¿Cuánto tiempo llevas siendo policía?

Continuamos caminando por el sendero y le cuento cómo me uní a la policía cuando tenía veintitrés años. Parece que fue hace toda una vida, pero al mismo tiempo, parece que fue en un abrir y cerrar de ojos.

El camino se estrecha y se vuelve más empinado, y dejo que vaya delante. Esas piernas son increíblemente sexys. Me están haciendo muy difícil concentrarme. Y ese trasero, moviéndose rítmicamente en esos pantalones cortos... Dios, es suficiente para poner a prueba la voluntad de cualquier hombre.

—Creo que las zapatillas de montaña fueron una buena idea —dice mientras sube por una parte rocosa del camino. Algunas piedras caen rodando por el sendero detrás de ella.

—Esos pantalones cortos han valido cada céntimo, te lo aseguro.

Se da la vuelta y me lanza una sonrisa coqueta por encima del hombro—. Ojos en el camino, señor Gray.

Sigue provocándome mientras subimos, y cada vez que se ríe, mi paso se vuelve un poco más ligero. Es como si toda la oscuridad que he acumulado en este trabajo se liberara con cada paso. No creo haber estado nunca tan relajado y a gusto.

El sendero se empina, pero Ellie lo maneja bien, moviéndose con una gracia natural. Lleva el pelo suelto bajo el sombrero y danza con la brisa. No dejo de mirarla mientras subimos. Intento memorizar cada centímetro de esta chica. No sé qué nos depara el futuro, pero quiero recordar este momento para siempre.

He recorrido esta montaña cientos de veces, pero este camino nunca ha lucido mejor que ahora con este ángel delante de mí.

—Así que —dice por encima del hombro cuando nos acercamos al mirador. Está sin aliento pero sonriente—. ¿Cómo es que un hombre como tú no se ha establecido? Debes estar apartando a las mujeres a golpes con esa porra larga tuya.

Me río y niego con la cabeza.

—¿Eso es lo que piensas?

Arquea una ceja mientras me estudia.

—Sí. Eso creo. Apuesto a que las mujeres de las Montañas Greene están frustradas sin remedio porque nadie ha conseguido atrapar al guapo Sheriff.

Se da la vuelta mientras sube por el sendero. Mis ojos se posan en su trasero perfecto, esas hermosas nalgas que se balancean con cada paso. No sé si puedo soportarlo mucho más. Mi miembro se está poniendo duro como una roca y me está dificultando caminar correctamente.

—¿Seguro que no tienes una esposa o novia escondida por aquí en estos bosques?

—Todo despejado —respondo.

—Bueno, ¿a qué estás esperando, Sheriff? —pregunta, mirando por encima del hombro con una sonrisa.

—No lo sé —digo mientras miro fijamente sus preciosos ojos azules—. Quizá estaba esperando a que un ángel descendiera del cielo.

Eso hace que sus mejillas se sonrojen.

—Bueno, espero que encuentres a tu ángel —dice mientras vuelve a concentrarse en el camino.

—Creo que ya lo he encontrado.

Pasamos los últimos árboles y el sendero se abre hacia el espectacular mirador. Ellie jadea cuando lo ve. El Punto de Lanzamiento de Ícaro es una gran y plana saliente de piedra que sobresale sobre el valle muy abajo. El valle está cubierto de millones de coloridas flores silvestres con un río perezoso serpenteando a través de todo ello. Rodeando el valle están las montañas más majestuosas del planeta. Es impresionante.

Pero no miro nada de eso. Mis ojos están fijos en Ellie mientras lo absorbe todo por primera vez, pareciendo llena de asombro y admiración. Es tan hermosa que duele.

—Esto es irreal —dice mientras lo contempla todo—. Tan hermoso.

La brisa es agradable y fresca aquí arriba, cosquilleando en nuestra piel sudorosa.

—Puedo oler las flores —dice mientras inhala profundamente y sonríe.

—Este es mi lugar favorito en el mundo —digo mientras tomo suavemente su mano y miro la vista panorámica—. No pensé que pudiera mejorar, pero parece que me equivoqué.

Ella sonríe tímidamente y luego apoya su cabeza en mi hombro mientras contemplamos el hermoso mundo, cogidos de la mano.

Necesito decirle algunas palabras. Probablemente sea mala idea, y seguro que Cara me diría que esperara al menos a la segunda cita antes de abrir mi corazón, pero no puedo. No soy el tipo de hombre que puede contenerse. Cuando encuentro algo que quiero, voy a por ello con todo lo que tengo. Y la quiero a ella. Dios, cómo la quiero.

—Sé que esto es rápido —susurro mientras un águila se eleva por el vasto cielo azul—. Y sé que ni siquiera hemos terminado nuestra primera cita.

Ella levanta la cabeza y me mira. Su sonrojo se intensifica, y lo veo... ella también lo siente, la misma atracción que me está dominando.

—Pero no quiero que te vayas —digo, exponiéndolo todo—. Nunca he conocido a una chica como tú y no quiero que esto termine.

El viento atrapa su cabello dorado, elevándolo de sus hombros, y juro que mi corazón olvida cómo latir.

—Sé que hay bastante diferencia de edad entre nosotros —digo, jugándomelo todo—. Pero no me importan los años que nos separan. Solo sé que cuando te vi, algo en mí dejó de buscar. Algo en mí encajó.

Sus labios se entreabren, sus ojos azules suaves y abiertos.

—Ryland...

Cierro los ojos, esperándolo. Si ella siente diferente, quizá tenga que saltar de este acantilado para acabar con el dolor.

—Me gusta que seas mayor —dice y todo mi cuerpo se inunda de alivio—. Creo que es sexy.

La brisa aumenta, rozando su pelo contra mi pecho. Ella inclina su rostro hacia mí y no puedo contenerme más.

Deslizo mi mano en la parte posterior de su cuello y bajo mi boca hacia la suya.

Gime cuando la beso.

El beso empieza lento y suave, ardiente y romántico. Saboreo su boca y deslizo mi lengua contra la suya como si estuviera besando lo más precioso del mundo. Sus labios son tan suaves y cálidos, temblando solo un poco, y los sonidos sensuales que sigue haciendo —*oh joder*— me deshacen por completo.

La acerco más, y ella se derrite en mí, sus manos descansando en mi pecho como si fuera su espacio seguro. Seré la red de seguridad que esta chica merece. Seré todo para ella.

El mundo desaparece mientras profundizo el beso, sujetándola con más fuerza, saboreando su dulzura.

Estoy completamente atrapado ahora. Estoy *obsesionado* con mi ángel.

Su corazón late contra el mío mientras se inclina hacia mí, su lengua deslizándose en mi boca. No hay vuelta atrás ahora. No se va a ir. No me importa lo que tenga que hacer.

Deslizo mis manos en su pelo y su sombrero cae al suelo. No nos detenemos para recogerlo. No nos detenemos por nada.

Mi corazón late con fuerza cuando finalmente nos separamos, ambos sin aliento. Sus dedos trazan la línea de mi mandíbula, sus ojos estudiando los míos como si tuviera un millón de preguntas sin respuesta detrás de ellos.

—Vale... —susurra.

—¿Solo vale? —pregunto con una sonrisa.

—No me refiero al beso —dice con una tímida sonrisa—. Eso fue... más que aceptable. Me refiero a quedarme unos días más. Si me aceptas.

Me siento como el hombre más afortunado de la Tierra.

—¿Si te acepto? —digo mientras acuno sus mejillas en mis grandes manos—. Ángel, ya eres mía.

Ella gime mientras la beso de nuevo.

CAPÍTULO OCHO

Ellie

Me siento como si flotara en una nube cuando regreso a la posada para ducharme y vestirme para la cena. Mi cuerpo vibra y puedo sentir cada fuerte latido de mi corazón reverberando por todo mi pecho.

Ese beso... Dios mío...

Gimo mientras lo revivo en mi mente una y otra vez, sintiendo las fuertes manos de Ryland en mis caderas, atrayéndome hacia él. Los deliciosos gruñidos y gemidos que emitía. El *sabor* de sus labios.

Todo mi ser anhela otro de esos besos mágicos.

Estoy en el séptimo cielo mientras camino por el pasillo e introduzco la llave en la puerta.

Pero entonces, todo se desmorona.

—*Ellie* —espeta Mira al abrir la puerta del otro lado del pasillo—. Te necesitamos aquí. Ahora.

Suspiro cuando veo a Sloane y Tessa en la habitación detrás de ella. Las tres parecen abatidas. Tessa está llorando.

Daría cualquier cosa por estar de nuevo en esa montaña con Ryland en lugar de entrar en el desastre que me espera en esa habitación.

—¿Qué está pasando? —pregunto mientras entro, mi ánimo desplomándose al golpearme la realidad.

Mira cierra la puerta y se apoya contra ella, con una expresión lo suficientemente dura como para cortar diamantes.

—¿Quieres contárselo tú, Sloane?

Sloane se remueve en su asiento, viéndose muy incómoda.

—Estoy embarazada.

Jadeo, chillo, y luego corro para abrazarla.

—¡Felicidades! —exclamo, apretándola con fuerza—. Me alegro tanto por ti.

Ella suspira y me devuelve el abrazo.

—Gracias —dice, sonriendo aliviada. Supongo que no recibió la misma cálida reacción de Tessa y Mira.

—Va a dejarlo —dice Mira sin rodeos.

—Lo siento —dice Sloane, sonrojándose—. Es que ya no lo disfruto. Vosotras dos estáis siempre peleando y la constante presión de viajar está empezando a afectarme. Simplemente... estoy harta.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —dice Tessa.

—¿En serio solo estáis pensando en vosotras mismas? —les digo, mirándolas a ambas—. Esto es una noticia maravillosa. Sloane va a ser madre. ¿Qué os pasa a las dos?

Me miran fijamente, probablemente preguntándose qué me pasa a mí.

—Podemos preguntarle a Rachel —murmura Tessa, ignorando mi pregunta—. Ella toca el violín.

—Uf —dice Mira, poniendo los ojos en blanco—. Es tan pesada. Pero supongo que podemos preguntarle.

Algo dentro de mí estalla. Quizá sea por el maravilloso día que he tenido, o por la adrenalina de haber estado en los grandes y musculosos brazos de Ryland que aún irradia por mi cuerpo, pero me doy cuenta de que yo también me voy. No quiero seguir haciendo esto. Se acabó.

Respiro hondo, enderezo los hombros y miro a Mira directamente a los ojos.

—Yo también lo dejo.

—¿Qué? —exclama Tessa—. ¿Por qué?

La miro fijamente.

—Ya no es divertido. Me voy.

Tessa empieza a llorar de nuevo y Mira se cruza de brazos mientras murmura algo entre dientes. Solo Sloane parece alegrarse por mí. Me dirige una sonrisa cómplice cuando la miro. Sabe lo miserable que pueden hacer las cosas estas dos. Lo hemos estado viviendo durante años.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —pregunta Tessa.

—No lo sé —digo mientras me dirijo a la puerta—. Pero si seguís juntas, os recomendaría ser un poco más amables la una con la otra. Lo siento, pero tengo que irme. Tengo que prepararme para una cita.

No me quedo para ver sus reacciones. El alivio llena cada centímetro de mi cuerpo mientras cierro la puerta y bailo cruzando el pasillo hasta mi habitación. No puedo creer que se haya acabado. Por fin soy libre.

Una ligereza llena mi pecho cuando entro en mi habitación y cierro la puerta. La funda de mi arpa está en la esquina y sonrío al verla. Tocar en el cuarteto convirtió mi pasión en una rutina tan agotadora que perdí toda la alegría de tocar.

Ahora que finalmente se ha acabado... me siento tan aliviada. Siento que el futuro se abre ante mí con infinitas posibilidades.

Saco mi arpa, sintiéndome llena de energía y creativamente despierta por primera vez en mucho tiempo.

Mi corazón se eleva mientras mis dedos danzan por las cuerdas, tocando una nueva melodía que podría ser el comienzo de una nueva canción.

Me pierdo en la melodía durante media hora hasta que mi teléfono se ilumina. Es Mira.

Nos vamos en una hora. ¿Vienes?

Respiro hondo, pero ni siquiera tengo que pensarlo. No hay manera de que me pierda mi cita con el Sheriff Sexy.

No. Me quedo.

De acuerdo.

Y así sin más, Angelic Divine ha terminado, y un nuevo capítulo de mi vida está a punto de comenzar.

—Vaya —dice Ryland cuando viene a recogerme para nuestra cita. Se queda ahí de pie, mirándome como si hubiera olvidado qué hacer o decir—. Estás... impresionante.

Es solo un sencillo vestido negro que a veces llevo en el escenario, pero he dejado los dos primeros botones abiertos. Parece que está marcando toda la diferencia.

—Gracias —le digo mientras salimos de la posada—. Tú también estás muy guapo.

Y lo está. Lleva vaqueros oscuros, una camisa gris de cuello largo con las mangas remangadas que dejan ver sus gruesos antebrazos tatuados, y unas botas marrones impecables. Me encantan esos colores en él. Le quedan realmente bien con su pelo entrecano y sus ojos marrones.

Es todo un caballero, abriéndome la puerta del coche y ocupándose de todo. Nos dirigimos al lujoso Greene Mountain Lodge para cenar y me quedo maravillada cuando Ryland conduce hacia allí. Enclavado al pie de una hermosa montaña, parece más un castillo que una hospedería: enormes vigas de madera, chimeneas de piedra que lanzan humo al anochecer, hileras de suaves luces doradas que brillan a lo largo de los balcones. Detrás, la pendiente se eleva escarpada y verde, con la niebla de la tarde envolviéndola como si fuera seda. A la izquierda, un lago completamente en calma refleja los colores del atardecer, todo rosa y dorado en un reflejo perfecto.

—Este lugar es increíble —susurro, empañando la ventanilla del copiloto con mi aliento mientras entramos en la rotonda de acceso.

Es el tipo de lugar al que la gente vuela a través del país para alojarse durante una semana y recordarlo toda la vida. Acceso directo a las pistas de esquí, lujo por todas partes: piscina interior, piscina exterior, spa, sauna, bañeras de hidromasaje humeando bajo las estrellas. Había visto fotos en internet cuando buscábamos un lugar donde alojarnos, pero verlo en persona es algo completamente distinto.

Supongo que esta es la ventaja de salir con un hombre mayor. Tienes lujo y estilo. No restaurantes baratos con escasez de entrantes, abundancia de cupones y situaciones incómodas cuando llega la cuenta.

Podría acostumbrarme a esto...

Estoy mirando asombrada mientras él se detiene en la entrada. El edificio se extiende ampliamente por la base de la montaña, rústico y grandioso a la vez: madera oscura, piedra perfectamente tallada y una cálida luz que se derrama desde las ventanas.

El aparcacoches se lleva nuestro coche y Ryland le da una propina con total naturalidad.

—¿Lista? —pregunta, ofreciéndome su mano mientras nos dirigimos al interior. Deslizo mi mano en la suya, me encanta cómo su mano se siente tan poderosa y segura. Mi corazón late con fuerza. Me siento como si estuviera entrando en un cuento de hadas.

En el interior, el vestíbulo es pura magia lujosa. Una enorme chimenea de piedra ruge en el centro de la vasta sala, atrayendo la mirada hacia las llamas. A su alrededor hay grandes sillones de cuero donde gente feliz está acurrucada con sus copas de vino, charlando y riendo. El aire huele a cedro y a algo achocolatado que se está horneando en la cocina.

—Tengo que ver este sitio en invierno —digo, mirando fijamente el fuego—. ¿Te imaginas entrar del frío y sentarte justo ahí?

Ryland sonríe a mi lado, su mano deslizándose por la parte baja de mi espalda. —Supongo que tendremos que hacer que eso suceda.

Estoy intentando no derretirme allí mismo sobre el pulido suelo de madera cuando dos mujeres idénticas detrás del mostrador de recepción levantan la mirada. Ambas tienen melenas oscuras lisas, gafas con montura negra y placas de identificación idénticas que dicen *Tina* y *Tiffany*.

—Solo tengo que usar el servicio —dice Ryland—. ¿Te importa?

—Claro que no —digo, quedándome en el vestíbulo.

Me mira durante un largo momento antes de finalmente apartar sus ojos de mí y marcharse. Me siento toda emocionada por dentro mientras lo veo alejarse.

—¿Podemos ayudarte? —pregunta una de las recepcionistas.

—Oh, no —digo mientras me acerco un poco más al mostrador—. Solo estoy aquí en una cita.

—Oh —dice Tina, mirando a Tiffany con expresión inexpresiva—. Está en una «*cita*».

Hace esas pequeñas comillas en el aire cuando dice cita. ¿Qué se supone que significa eso?

—¿Tu «*cita*» ha reservado una habitación? —pregunta Tiffany, mirándome con ojos inexpresivos.

—¿Qué? —pregunto, mirando alrededor con confusión—. Vamos a cenar.

—¿Pero quién reserva la habitación después? —pregunta Tina—. ¿Tú o él?

—¿Está incluido en tu tarifa? —pregunta Tiffany—. ¿O es un extra para él?

Mi boca se abre de par en par. —No soy una... prostituta.

Se miran entre ellas con caras inexpresivas. Sus rostros no muestran emoción, pero puedo notar que no me creen.

—¡No lo soy! —espeto—. Estoy en una cita con el Sheriff.

—El *Sheriff* —dice Tina con una sonrisa—. Escandaloso.

—Esto se pone cada vez mejor —dice Tiffany, mordiéndose el labio inferior.

—No soy... —me abrocho los dos botones de mi vestido—. Esto es totalmente inapropiado. Estoy *cenando*.

—¿Pero qué hay de postre? —pregunta Tina.

—¿Y cuánto cuesta? —añade Tiffany.

—Te reservaremos la habitación en la Suite Oeste —dice Tina, tecleando algo en su ordenador—. Es cara, pero el Sheriff puede pagarla.

—¿Qué? —digo con el corazón acelerado—. No. No lo hagas.

—¿Estás lista? —pregunta Ryland. Su voz masculina y suave normalmente me tranquiliza, pero casi doy un salto de dos metros cuando de repente la oigo detrás de mí.

—Sí —digo, lanzando una mirada fulminante a esas extrañas chicas antes de tomar su mano y marcharme. Ellas simplemente me miran con expresión vacía. Qué raro.

La cena es increíble y romántica. Nos dan la mejor mesa del lugar, un rinconcito romántico junto a una chimenea y lejos de la cocina. Paso las siguientes dos horas mágicas con Ryland, sentados bajo la luz de las velas, comiendo platos increíbles y bebiendo un vino delicioso.

Siento como si estuviera en una película todo el tiempo.

—Cuéntame algo que no adivinaría sobre ti —dice mientras hace girar su copa de vino, con esos cálidos ojos marrones fijos en mí.

Sonrío por encima del borde de mi copa. —Estuve en el equipo de debate en el instituto.

—Eso lo habría adivinado —dice con una risa—. Déjame adivinar: dabas miedo.

—Oh, completamente. Una vez hice llorar a un estudiante de último año durante las regionales. Era despiadada.

Ryland sonríe mientras me observa. —¿Sobre qué debatíais?

—Si la exploración espacial vale la pena por su coste —digo, sonriendo al recordar cómo humillé a Chad delante de un auditorio lleno de gente.

—Apuesto a que después de que acabaras con él, deseaba estar en Marte.

Me río. —Oh, sí. Creo que acabé con su sueño de convertirse en astronauta.

Ahora se está riendo, profundo y sin reservas. —Recuérdame que nunca discuta contigo.

—Lo tengo presente —digo mientras levanto mi copa de vino. Él la choca con la suya y sonríe.

Se ve tan bien a la luz de las velas. No quiero que esta noche termine.

La gerente, Lauren, se acerca y saluda al Sheriff. Es amable y educada, con un estilo pulcro y formal: blusa impecable y falda de tubo.

—Lauren es la dueña del albergue junto con su marido Owen —dice Ryland, presentándomela.

—Es un lugar precioso —le digo—. Debe estar muy orgullosa.

—Adoramos nuestro pequeño pedacito de cielo —dice Lauren, juntando las manos mientras me sonríe—. Estamos felices de que lo compartáis con nosotros esta noche.

—Es *casi* perfecto —dice Ryland con una sonrisa traviesa—. Solo le falta una cosa.

Lauren inclina la cabeza con una sonrisa tensa. —¿Qué es?

—Imagina a una talentosísima arpista tocando justo ahí —dice Ryland señalando el lugar bajo la enorme araña en el centro del restaurante—. Eso sería algo especial.

—Eso sería estupendo —dice Lauren con un asentimiento—. Intentamos contratar a un pianista una vez, pero no funcionó. Bebía un poco demasiado y fallaba demasiadas teclas. Una arpista sería perfecta, pero no conozco ninguna en el pueblo.

Siento que mis mejillas se acaloran mientras Ryland me sonríe. —Estás de suerte porque la arpista más talentosa del país se está mudando a las Montañas Greene. Está aquí mismo.

Lauren se gira cuando él me presenta. —No diría la más talentosa del *país*...

—Yo sí lo diría —afirma Ryland con firmeza—. Es increíble.

Esperaba que Lauren sonriera educadamente y siguiera su camino rápidamente, pero no lo hace. Parece realmente interesada. Mi corazón empieza a acelerarse mientras me incorporo e intento despejar mi cabeza del vino y las endorfinas.

—¿Te gustaría hacer una audición para mí mañana? —pregunta —. Me encantaría oírte tocar.

Dios mío. ¿Esto está pasando? ¿Está pasando de verdad?

—De acuerdo —digo, sonriendo sin control—. ¡Sí, me encantaría!

Concretamos los detalles y Ryland se ofrece a llevarme a mí y a mi enorme estuche del arpa. Lauren parece complacida y entusiasmada cuando se marcha y simplemente sé que esto va a salir bien. Puede que no sea la mejor arpista del país como insiste Ryland, pero definitivamente soy lo bastante buena para tocar en un establecimiento de alto nivel como este.

Estoy eufórica durante el resto de la cena. No puedo creer que tenga una audición para un trabajo a tiempo completo, un nuevo hombre, y quizás un nuevo y maravilloso pueblo para vivir, todo en menos de veinticuatro horas. Este ha sido el mejor día de mi vida.

Estoy extasiada y no quiero que la noche termine mientras salimos del restaurante y entramos en el albergue. El fuego aún crepita, pero las sillas llevan tiempo vacías. Es tarde. Estuvimos mucho tiempo en ese restaurante.

—¿Lista para esa habitación? —pregunta Tina o Tiffany, no estoy segura de cuál, desde la recepción.

¿Estás de broma? ¿Qué pasa con estas chicas...?

Ryland se gira hacia mí con una ceja levantada. —¿Habitación? ¿Has reservado una habitación?

—No, yo...

Mis mejillas se sonrojan, preguntándome cómo se supone que debo explicar esto.

—Es la Suite Occidental —dice Tina.

—Muy elegante —añade Tiffany.

—O muy atrevida —dice Tina—. Lo que busquéis.

Los sensuales ojos marrones de Ryland se centran en los míos.

—No quería decir... —empiezo a decir—. Han malinterpretado...

Ryland no me deja terminar. Simplemente se inclina y besa mis labios. Gimo cuando lo saboreo. Sabe tan bien.

—¿Pasarás la noche conmigo? —susurra sobre mis labios.

Miro fijamente esos ojos y no puedo evitar asentir. No me importa lo que piensen esas extrañas en el mostrador. Todo lo que quiero es estar a solas con este hombre un poco más.

Sonríe y se gira hacia las chicas. —La tomaremos.

CAPÍTULO NUEVE

Ryland

Tan pronto como la puerta de nuestra habitación se cierra, nos lanzamos el uno sobre el otro, liberando toda la pasión que ha estado ardiendo dentro de nosotros durante todo el día. Dejo caer la bolsa que traje de mi coche y arrincono a Ellie contra la pared mientras ella agarra mi camisa y me atrae hacia ella.

Esta chica... Me vuelve loco...

Le aparto el pelo hacia atrás, sujeto la parte posterior de su cuello y la beso con fuerza, saboreando su dulce y suculenta boca.

—*Oh, Ryland* —gime mientras le beso el cuello, deseando devorarla aquí mismo en el pasillo.

Mi polla está dura como una roca y presiona contra ella. No se aparta, al contrario, empuja contra ella con un gemido sexy.

—¿Notas lo duro que estoy? —gruño entre besos—. Me vuelves loco, ángel.

Acuno su pecho y lo masajeo mientras ella baja la mano y toca mi dura polla. Esos sensuales ojos azules están llenos de lujuria mientras me mira, su mano deslizándose arriba y abajo por mi palpitante erección.

—Te quiero desnuda —le digo con voz profunda y ronca—. Quiero ver cada centímetro sexy de ti.

Se relame los labios y deja escapar un gemido cuando le aprieto el pecho con un poco más de fuerza.

—Soy tuya —susurra, desabrochándose los dos primeros botones del vestido. Gruño como una bestia posesiva cuando veo su tentador escote sobresaliendo—. ¿Vamos a ver la habitación o lo hacemos en la entrada?

Su mano sigue moviéndose arriba y abajo por mi dolorida verga y se siente demasiado bien para parar y movernos.

—Entrada —refunfuño.

Sonríe y de repente se agacha, escabulléndose por debajo de mi brazo. Golpeo mi frente contra la pared con un gruñido frustrado.

—Esta habitación es demasiado bonita para follar en el suelo —dice, caminando hacia atrás con una sonrisa seductora en su rostro. Arrastra su dedo por su pecho y hacia su escote antes de girarse con una sonrisa coqueta y entrar en la habitación.

Mis ojos se posan en su precioso trasero contoneándose bajo ese vestido negro. Nunca he visto nada tan tentador. Es hipnotizante.

Intento recuperar el aliento mientras la observo caminar hacia la lujosa habitación. Es una suite preciosa con sofás de cuero frente a una chimenea de piedra, y un dormitorio separado de la sala principal. Veo una ducha a ras de suelo en el precioso baño, lo suficientemente grande para dos.

Pero es la vista lo que tiene cautivada a mi chica. Está contemplando las montañas imponentes a través de los enormes ventanales, iluminadas por la luna llena. Yo solo la contemplo a ella.

Mi corazón late con fuerza mientras me acerco por detrás, deslizando una mano sobre su cadera y la otra sobre su pecho.

—Es tan bonito aquí —susurra mientras le beso el cuello.

—Lo es —digo entre besos—. Encajas perfectamente.

Ella sonríe mientras se gira entre mis brazos y se pone de puntillas para besarme. Tomo su sexy boca pequeña, reclamándola como mía con un beso profundo y exigente. Se derrite contra mí, gimiendo y frotándose, llevándonos a ambos a un frenesí apasionado.

Nuestras manos comienzan a explorar; las suyas sobre mis hombros y brazos antes de volver a bajar hasta mi polla. Las mías se

deslizan por su espalda baja y sobre su culo. Ella frota mi dolorida verga mientras yo agarro sus nalgas con solo sus bragas entre nosotros.

—No puedo tener suficiente de ti —susurro sobre su piel—. Me estás volviendo completamente loco, ángel.

—Me resulta imposible pensar con claridad cuando estoy contigo —dice mientras frota mi erección—. ¿Tienes idea de lo que me hace cuando me llamas ángel?

—Dímelo —susurro—. Ángel.

Todo su cuerpo tiembla y me lanza una mirada que casi me hace flaquear.

Me lo dice. Pero no con palabras.

Observo a mi ángel arrodillándose, sus labios entreabiertos, esa sexy lengüecita caliente y lista mientras alcanza la hebilla de mi cinturón.

—¿Puedes quitarte la camisa? —me pregunta mientras tira de mi cinturón de cuero. Inmediatamente empiezo a desabrocharme los botones y solo llego hasta la mitad antes de arrancármela por la cabeza y lanzarla al suelo.

Esos sensuales ojos azules se abren de par en par y deja escapar un gemido sexy mientras alza la mano y arrastra la palma por mis abdominales.

—Eso es, ángel —susurro mientras baja mi cremallera—. Tócame donde quieras.

Estoy tan duro. Tan excitado. Nunca he necesitado a nadie así antes.

Me baja los pantalones y luego agarra la cinturilla de mis bóxers negros. Sus ojos curiosos están fijos en mi palpitante erección que empuja contra la fina tela. Hay una mancha húmeda en la punta de mi polla por todo el líquido preseminal que gotea. Estoy *desesperado* por liberarme. Me duelen los huevos de estar tan cerca de esta belleza todo el día. Están a punto de estallar.

Observo su rostro mientras lentamente baja mis bóxers. Mi polla se engancha en la tela y luego salta hacia fuera, larga, gruesa y dura como una roca.

Ellie gime cuando la ve alzándose frente a su cara. No aparta la mirada mientras se relame los labios y me baja la ropa interior hasta los tobillos.

—Eso es —susurro mientras envuelve su mano alrededor de mi gruesa base—. Esa es mi niña buena.

Me aprieta el miembro y una nueva gota de líquido preseminal emerge de la punta. Sus ojos azules se abren de par en par cuando la ve.

—Nunca he hecho nada de esto antes —susurra mientras contempla asombrada mi polla—. Y nunca pensé que estaría haciendo algo así en una primera cita.

Me mira y la imagen de ella arrodillada con mi verga en su mano va a quedar grabada en mi mente para siempre.

—Me haces perder todo mi autocontrol —dice—. No puedo tener suficiente de ti.

—Somos almas gemelas, ángel —le digo mientras deslizo mi mano por su cabello dorado, apartándolo a un lado—. No hace falta autocontrol entre almas gemelas.

Sonríe y luego vuelve toda su atención a mi polla. Aspiro bruscamente y echo la cabeza hacia atrás cuando se la mete en la boca, apretando sus suaves labios alrededor.

—*Dios santo* —susurro mientras empieza a chupármela, arrastrando esa boca suave y húmeda arriba y abajo por mi duro miembro.

Me acuna los testículos y me la mete profundamente, lamiendo y pasando su lengua por cada duro centímetro.

—Dime qué quieres, Sheriff —dice con voz entrecortada entre lamidas—. Me encanta cuando tomas el control.

—Tócate el coño mientras me la chupas —digo con un tono profundo y dominante—. Dime. ¿Está bien mojado tu coño?

Ella mete la mano entre sus piernas y bajo su vestido. Aspiro bruscamente cuando veo su mano en sus bragas, moviéndose y frotándose. Es tan jodidamente sexy. No creo que tenga ni idea de lo malditamente irresistible que es.

—¿Estás mojada para mí?

Asiente mientras me mete la polla profundamente, envolviendo sus labios a mi alrededor con tanta fuerza. Sus labios hacen un sonido de succión cuando la saca. —Muy mojada —gime—. Estoy muy mojada para ti, Sheriff.

Tiene las mejillas sonrojadas mientras juega con su coño y me la chupa al mismo tiempo.

—Saca esas preciosas tetas —gruño mientras retiro mi polla y empiezo a masturbarme.

Su mano se mueve más rápido entre sus muslos mientras con la otra mano se baja el vestido. Sus tetas desnudas quedan al descubierto, con los duros pezones rogando atención. No pensaba que pudiera verse más sexy, pero aquí estamos...

—Abre la boca —gruño—. Cabeza hacia atrás.

Se masajea los pechos y juega con su entrepierna mientras empiezo a masturbarme, colocando la hinchada cabeza de mi polla sobre su lengua.

Nuestras miradas están fijas el uno en el otro mientras acaricio mi grueso miembro con implacables bombeos de mi mano. Siento que llega... fuerte e imparable...

Mi pecho se tensa y dejo escapar un rugido cuando mi orgasmo me golpea, duro e implacable. Me corro en la boca de mi chica, cubriendo su lengua con mi semilla caliente. Dejo que las últimas pulsaciones caigan sobre sus tetas desnudas mientras ella me traga con un gemido.

Esa mano nunca deja de moverse entre sus muslos y ella tiembla y convulsiona mientras se corre con sus dedos.

Sus tetas rebotan mientras se estremece, mis gotas de semen caliente brillando bajo la suave iluminación. Esta chica es *mía*. Completamente *mía*.

—Ven aquí —gruño mientras la levanto y la llevo al dormitorio. Sus ojos están entrecerrados y nublados de lujuria por el intenso orgasmo que todavía recorre sus venas. No estoy seguro de si sabe dónde está ahora mismo.

La coloco sobre la cama y su vestido se sube por sus suaves muslos. Quiero lamer cada centímetro de ella. Quiero saborear hasta el último rincón de esta chica.

—Eres adictiva, ¿lo sabías? —digo mientras meto la mano bajo su vestido y le bajo las bragas. Sus piernas siguen temblando. Sigue agarrándose y tirando de sus tetas, extendiendo mi semen por todas ellas.

—Oh, por favor —susurra mientras cierra los ojos con fuerza—. Ya estoy tan adicta a ti.

Una sonrisa lobuna aparece en mis labios mientras la veo retorciéndose en la cama. Me encanta oír eso. Quiero que cada pensamiento en la cabeza de esta chica gire en torno a mí.

—Me haces sentir cosas que no sabía que podía sentir —dice—. Me haces sentir como si fuera la única mujer en el mundo.

—Eres la única mujer en el mundo —digo mientras me acaricio la polla. Sigue dura como una roca. Como el maldito hormigón—. Eres la única que quiero.

Ella agarra la parte inferior de su vestido y lentamente me provoca subiéndolo un agonizante centímetro cada vez.

—Enséñame tu coño —ordeno con un tono enérgico. Es demasiado contundente y áspero para alguien tan dulce e inocente como ella, pero no parece que pueda controlarme cuando estoy con ella—. Déjame ver lo que has guardado para mí.

Se lame los labios y se muerde el labio inferior mientras sube su vestido, mostrándome su coño rosa y húmedo. Mi corazón se detiene cuando lo veo. Contengo la respiración mientras contemplo con asombro la imagen más hermosa que jamás he visto.

Se me hace la boca agua mientras se quita el vestido y lo tira a un lado. Ahora estamos ambos desnudos. Ambos listos para reclamarnos mutuamente para siempre.

—Abre las piernas —ordeno—. Quiero verlo todo.

Abre los muslos un poco, pero su mano se desliza hacia abajo y sigue frotándose el clítoris como si no pudiera evitarlo.

—Sin tocarte —digo con tono cortante—. Aún no. Ya te has corrido una vez, ángel. Ahora tomo el relevo yo.

Intenta apartar la mano, pero con un suspiro de frustración, la vuelve a bajar y juega con su entrepierna.

—Muy bien —digo mientras agarro mi bolsa de la otra habitación. Cojo los dos pares de esposas que hay dentro y regreso

rápidamente—. No me dejas otra opción.

Ella deja escapar un pequeño jadeo de excitación cuando hago sonar una esposa alrededor de su muñeca y la aseguro al poste de la cama.

—¿Qué estás...?

Coloco el otro par de esposas alrededor de su otra muñeca y también la aseguro al poste de la cama.

—Te lo advertí —digo con una sonrisa mientras contemplo a mi chica indefensa, completamente expuesta ante mí—. Es *mi* trabajo hacerte llegar al orgasmo. Es *mi* trabajo dar placer a este dulce coñito.

Me arrastro sobre la cama, agarro sus suaves muslos y le separo las piernas mientras ella observa y gime, incapaz de detenerme.

—*Mmmmmm* —gimo mientras arrastro mi nariz por su húmeda hendidura, llenando mis pulmones con su embriagador aroma. Huele tan bien. Mi hambre se vuelve voraz.

Ella se estremece cuando toco con mi lengua sus húmedos labios y luego grita de placer mientras empiezo a devorar su dulce coño virgen.

CAPÍTULO DIEZ

Ellie

Gimo cuando Ryland separa mis rodillas y las mantiene hacia atrás, exponiendo cada centímetro de mi ser a sus ojos hambrientos. Mis muñecas están firmemente aseguradas contra el cabecero, las esposas de metal clavándose en mi piel. Estoy indefensa para detenerlo mientras su boca voraz me llena de placer. Su lengua y sus labios están *por todas partes*, haciendo temblar mis piernas mientras introduce su lengua en mi hendidura y succiona mi clítoris palpitante.

Me *encanta* la sensación de estar tan indefensa frente a él. De rendirme completamente a este hombre dominante. Solo está intensificando cada sensación intensa y haciéndome querer gritar.

Aparta la cabeza mientras mantiene mis piernas abiertas. Estoy *completamente* expuesta ante él. Puede ver *todo* y por la mirada insaciable en sus ojos, puedo decir que le gusta lo que ve.

Mis mejillas arden mientras mira mi zona más íntima con esos ojos oscuros y ardientes. Es el área que mantuve oculta de todos los hombres que intentaron acercarse, pero nunca pensé que *querría* que alguien la mirara así. Tan de cerca. Tan intensamente. Pero quiero. Un lado travieso de mí está disfrutando cada segundo de

esto. Quiere que él lo tenga todo, que lo tome todo, que lo *reclame* todo.

Quiero ser suya.

Quiero que me *posea*.

Se zambulle de nuevo y lame mi sexo con fuerza mientras grito su nombre y me retuerzo en la cama.

Ryland desliza sus dedos sobre mí, hundiendo las yemas en mi abertura y provocando mi clítoris hasta que mi respiración sale en jadeos cortos y rápidos.

—Esa es mi ángel —gruñe sobre mi sexo palpitante—. Sabes demasiado pecaminosamente bien para ser un ángel.

Estira el brazo y agarra mi pecho con su poderosa mano, engulléndolo completamente con su palma enorme. Me pregunto si puede sentir mi corazón martilleando detrás de mi caja torácica. Me pregunto si sabe lo cerca que estoy de correrme sobre su boca perfecta.

—*Sí* —gimo mientras se concentra en mi clítoris, lamiendo, succionando y envolviendo sus labios a su alrededor—. Justo así. No pares.

Mis gemidos y quejidos realmente lo excitan y deja que mi clítoris lo tenga todo, sin contenerse. Mi columna se arquea sobre la cama. La cadena de las esposas se tensa cuando tiro de mis muñecas mientras me retuerzo, otro intenso orgasmo construyéndose en mi interior.

—Me voy a correr —gimo mientras separa los labios de mi sexo con sus dedos y lame la hendidura húmeda del interior—. Me voy a correr muy fuerte...

—Córrete para mí, ángel —ordena con ese tono profundo y sexy.

Es todo lo que hace falta. Estallo. Estoy segura de que pueden oírme gritar desde el vestíbulo mientras el orgasmo más poderoso de mi vida desgarra mi cuerpo.

Ryland agarra mi trasero y mantiene mi sexo contra su boca durante todo el tiempo que estoy corriéndome. No importa cuánto me retuerza o tiemble o convulsione, me mantiene en su lugar con esas manos fuertes, dejándome correr sobre sus labios ardientes y su lengua perfecta.

Estoy *temblando* cuando finalmente termina. Todo mi cuerpo tiembla.

¿Y este hombre se detiene?

No.

Sigue lamiéndome y besándome allí abajo, prolongando el placer hasta que no puedo ni respirar.

—Esto es lo que sucede cuando no sigues mis órdenes en el dormitorio —dice con una sonrisa mientras se incorpora, limpiándose mi humedad de su sexy barba—. Te esposan al cabecero.

—Tendré que recordarlo —digo mientras lo observo sacar la llave de su bolsa. Tendré que recordarlo para no volver a seguir una orden jamás. Eso fue demasiado divertido.

Lentamente desbloquea una esposa a la vez, besando mis muñecas cuando quedan libres.

—Me encanta verte deshacerte —dice mientras esos ojos oscuros recorren mi cuerpo tembloroso—. Me vuelves completamente loco.

Abro mis piernas para él mientras vuelve a subir a la cama. Un jadeo escapa de mis labios cuando su largo y duro miembro se posa sobre mi sexo. Frota su firme verga contra mi clítoris y envía ráfagas de placer atravesándome.

—Tú también me vuelves completamente loca —susurro mientras acuno sus mejillas barbadas y atraigo su boca hacia la mía.

Me concentro en su suave beso mientras toma su miembro y presiona la gruesa cabeza contra mi entrada virgen. Jadeo ante su tamaño. Es *enorme*.

Mi espalda se arquea mientras se empuja dentro de mí, estirándome y llenándome completamente.

—*Oh, Dios* —grito, clavando mis uñas en su carne mientras me posee.

No se detiene hasta que su miembro está completamente enterrado en mi sexo. Nunca me he sentido tan *llena*. Tan *repleta*. Tan *reclamada*.

Soy suya. Soy completamente suya.

Gruñe y gime en mi oído, sonidos masculinos sexys y acalorados mientras mi sexo lo aprieta implacablemente.

—Estás tan estrecha, ángel —sisea en mi oído—. Se siente tan bien. Apenas puedo soportarlo.

Deslizo mis manos a lo largo de sus brazos y hombros flexionados mientras comienza a mover las caderas, probando mi sexo virgen. Está tratando de ver cuánto puedo soportar. Tratando de ver si estoy lista para más.

—Está bien —susurro mientras beso su cuello musculoso—. Puedes follarme, Ryland. Puedo soportarlo.

Gruñe posesivamente y comienza a mover sus caderas, deslizando su grueso miembro hacia adelante y hacia atrás en mi sexo. Me sorprende lo bien que se siente. También duele, pero el placer supera la mayor parte de eso.

Gimo mientras me aferro a él, sintiendo su duro miembro deslizándose dentro y fuera de mi cuerpo. Comienza a moverse con embestidas más fuertes y profundas, convirtiendo mis gemidos en jadeos y gritos.

—Mírate, chica traviesa —gruñe—. Tomando cada centímetro de mi polla. ¿Cómo se siente dentro de tu coño?

—*Increíble* —gimo mientras entra y sale—. Se siente tan *bien*.

Mi espalda se arquea cuando golpea el punto exacto y gimo mientras mis pezones endurecidos se arrastran por su pecho en movimiento.

Me agarra la cadera con mano áspera y me atrae más cerca mientras se posiciona para follarme aún más profundo. Es una bestia. Es implacable. Es mágico.

—Esa es mi buena chica —gruñe mientras me posee—. Estás *tan* mojada. Tu coño es tan cálido y apretado. Me encanta.

Su pelvis musculosa golpea mi clítoris con cada embestida dura e implacable, y construye una presión dentro de mí que parece que va a explotar. La tensión se vuelve más y más intensa mientras grito y me aferro a él.

—*Joder* —grito, apenas capaz de soportarlo—. *Dios mío*.

Ryland ve que estoy a punto de correrme y comienza a follarme más fuerte con embestidas fuertes, profundas y largas de esa polla perfecta.

La presión dentro de mí se aprieta y aprieta hasta que de repente estalla, ahogando mis sentidos en un placer tan intenso que mi visión se vuelve negra y suelto un grito tan fuerte que me sorprende. Las lágrimas corren por mis mejillas mientras todo mi cuerpo convulsiona de placer. Un gemido se queda atrapado en mi garganta mientras Ryland continúa metiendo su gran polla dentro de mí. Mi coño nunca se ha sentido tan bien. Sigue *pulsando* y *contrayéndose* y *apretándose* y disparando placer a cada célula de mi cuerpo.

Me aferro a los grandes brazos de Ryland y envuelvo mis piernas a su alrededor mientras cabalgo la ola de euforia. Ya no hay dolor. Solo placer. Solo excitación. Solo él.

—Acabas de correrte con una polla por primera vez —dice mientras besa mi cara. Gimo al sentir sus labios suaves en mi mandíbula, mejilla, sien y la comisura de mi boca—. Espero que lo hayas disfrutado porque no pasará ni un día sin que esto vuelva a ocurrir.

Agarro su barba y acerco su boca a la mía. Él gime cuando meto mi lengua en su boca *saboreándolo*.

Desliza su gran brazo debajo de mi espalda y con un movimiento sin esfuerzo, me levanta, gira su cuerpo, se sienta en la cama —su espalda musculosa apoyada en el cabecero— y me coloca encima de él. Su polla se había salido, así que agarro su grueso y húmedo miembro y lo guío de vuelta a mí donde pertenece mientras me siento a horcajadas sobre su corpulencia.

—Esa es mi chica —dice mientras agarra mi culo con sus fuertes manos—. Cabalga arriba y abajo de mi polla. Muéstrame lo que tienes, ángel.

Se lame los labios mientras mira mis pechos rebotando. Están justo frente a su cara, mis pezones duros rozando sus labios mientras me muevo.

Sus grandes manos me guían arriba y abajo, mostrándome justo cómo le gusta. Me trago cada centímetro de su gran y carnosa polla, moviendo mis caderas y frotando mi clítoris contra él cuando llego al fondo.

Quiero cabalgarlo a mi propio ritmo, provocarlo y torturarlo un poco, pero él sigue moviendo mi culo arriba y abajo como si se estuviera masturbando con mi coño.

—No, no, no —digo mientras agarro su gruesa muñeca. Le dejo empujarla hacia arriba y la sujeto al cabecero—. Ahora *yo* tengo el control, Sheriff. Es *mi* turno.

Él besa y lame mis tetas que rebotan contra su cara mientras me inclino y envuelvo la esposa alrededor de su muñeca tatuada. La aseguro al cabecero con un clic. Hago lo mismo con su otra muñeca, y ahora el Sheriff se ha rendido ante mí. Sus muñecas están extendidas, sujetas al cabecero, su gran y dura polla es toda jodidamente mía.

Sonrío mientras agarro su duro miembro y comienzo a acariciarlo, mis jugos haciendo que esté resbaladizo y mojado.

Me mira con esos ojos oscuros como si no pudiera saciarse de lo que está viendo. Provoco su punta con mi lengua y él deja caer su cabeza hacia atrás contra el cabecero con un *golpe*.

—Esta es mi polla —digo, adorando cómo se siente en mis manos—. Puedo hacer lo que quiera con ella.

Él solo sacude la cabeza y maldice entre dientes como si no pudiera soportarlo. Sonrío mientras paso mi pierna por encima de su cuerpo, solo que esta vez en posición de amazona invertida.

Él gime mientras tomo su polla y la deslizo de nuevo dentro de mí.

—Ese culo, nena —gruñe—. *Necesito* tocarlo.

Oigo las cadenas de las esposas tensarse mientras lucha contra ellas y sonrío, sabiendo que estoy torturando a este hombre con la visión de mi cuerpo.

—Puedes mirar pero no tocar —digo mientras comienzo a moverme y a menear mis caderas a lo largo de su gruesa longitud. Se siente tan bien en mi coño. Esta nueva posición golpea nuevos puntos y me llena de nuevas sensaciones intensas. Agarro sus musculosos muslos y me muevo un poco más rápido.

Pero quiero ver la mirada en sus ojos cuando se corra, así que me doy la vuelta y comienzo a cabalgarlo cara a cara. Él mira *por*

todas partes, desde mis pechos rebotando hasta mi boca abierta y su polla hundiéndose dentro y fuera de mi coño.

—Eres impresionante —susurra mientras lo follo—. Me vas a hacer correr, ángel.

Eso me estimula y me da un estallido de energía. Comienzo a golpear mis caderas contra él, apretando su polla mientras intento deshacerlo.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y presiono mis tetas contra su cara mientras lo cabalgo, sintiendo sus gruesos centímetros llenándome.

—Joder —gime, acercándose cada vez más.

—Córrete dentro de mi coño —gimo en su oído—. Es tuyo, Sheriff. Este pequeño coño virgen es todo tuyo.

Sé lo que le gusta escuchar y funciona.

Las cadenas de las esposas se tensan cuando todo su cuerpo se sacude violentamente. Suelta un rugido sobre mis pechos mientras lo hundo en mi coño, frotando mi dolorido clítoris contra su pelvis.

Se corre profundamente dentro de mí, chorros calientes de semen surgiendo en mi coño. La sensación y el pensamiento de tenerlo dentro de mí completamente al natural sin protección. Ser capaz de dejarme embarazada. Tomándolo todo... Desencadena otro salvaje orgasmo y me aferro a él mientras grito y me corro sobre su dura polla pulsante.

—Esa es mi ángel —susurra una vez que todas las sacudidas y temblores han terminado—. Lo has hecho tan jodidamente bien.

Beso su pecho, su cuello, su cara y luego su boca. Él gime mientras desliza su lengua contra la mía, el calor y la calidez de su amor llenando mi alma con un sentimiento tierno y cálido.

Me gusta tener a este hombre a mi merced, pero desbloqueo las esposas y lo libero. Él envuelve sus grandes brazos protectores a mi alrededor y me sostiene fuertemente mientras nos tumbamos en la cama, mirándonos a los ojos.

Ryland esposado es increíble, pero esto también es bastante maravilloso.

De hecho, es un sueño hecho realidad.

CAPÍTULO ONCE

Ellie

Estaba nerviosa con la primera canción, pero ahora estoy encontrando mi ritmo. Mis dedos se deslizan por las cuerdas de mi arpa, punteando y rasgueando *Someone Like You* de Adele.

Lauren y su marido Owen están sentados en una mesa observando y escuchando. Echo un vistazo y veo que Lauren tiene los ojos húmedos, lo que creo que es buena señal.

Ryland también está en la mesa y tengo que esforzarme mucho para no distraerme con él. Lleva un polo negro con vaqueros azules y esas mangas ciñendo sus grandes brazos son suficientes para desconcentrar a cualquiera.

Estamos en el restaurante vacío entre el servicio de comida y cena. Algunos de los camareros están escuchando cerca de la cocina. Veo a uno moviendo los labios con la letra mientras toco.

Este es un lugar precioso, en el centro del escenario bajo la lámpara de araña, este impresionante comedor, esa espectacular vista de las montañas al exterior. Podría acostumbrarme a esto.

Este sería mi trabajo soñado. No más viajes. No más hoteles cutres y restaurantes horribles, ni tener que escuchar a Tessa y Mira peleando constantemente. Podría conducir hasta este hermoso lugar,

tocar para gente feliz cenando, y luego volver a casa con ese hombre sexy que está allí. ¿Cómo podría la vida ser mejor que eso?

Me estremezco pensando en anoche y esta mañana... Su cuerpo sobre el mío. Su miembro abriéndome paso... Se sintió *taaaan* bien ser deshecha de esa manera. No puedo esperar a experimentarlo de nuevo.

Echo otro vistazo a Ryland y tiemblo cuando veo la forma posesiva en que me mira—mandíbula tensa, ojos ardientes fijados en mí como si fuera lo único que existe.

Concéntrate, Ellie. No te distraigas.

Ya habrá tiempo para admirar a mi sexy novio sheriff más tarde. Ahora mismo, tengo que clavar esta audición y asegurarme este trabajo.

Cambio los pedales y me deslizo hacia la siguiente canción, la que Lauren solicitó—*Stay With Me* de Sam Smith. Dedos, no me falléis ahora.

Cierro los ojos y me sumerjo en la canción, las cuerdas vibrando a mi tacto, receptivas y cálidas. Esta sala tiene una acústica excelente y el sonido es increíble. Se siente todo cálido y acogedor.

Pienso en el camino que me trajo hasta aquí. Todos los kilómetros en la carretera, cada motel, cada festival ruidoso—todo fue para esto. Este momento. Esto es para lo que estaba trabajando.

Lauren aplaude y se seca los ojos cuando termino su canción. Parece tan feliz de haberme encontrado.

Pero Ryland parece aún más feliz. Su expresión está llena de orgullo, pero es más que eso. También veo la protección en ella. Y la posesividad. Me llega hasta el centro—el ancla firme que él representa, la forma en que mis nervios se relajan solo por saber que está en la habitación.

Toco algunas canciones más y luego termino mi audición con *Can't Help Falling In Love* de Elvis Presley. La última nota queda suspendida en el aire y luego se disuelve como azúcar en el té. La sala se llena de silencio durante un latido, y entonces todos aplauden, incluidos los camareros y los chefs.

Levanto la mirada mientras la emoción y el alivio inundan mi cuerpo. Lauren ya está de pie. Es la que aplaude con más

entusiasmo.

—Ha sido precioso —dice, con voz brillante y segura mientras se acerca, asintiendo con la cabeza.

Owen sigue en la mesa, asintiendo como si su decisión ya estuviera tomada desde la mitad de la primera canción.

—Mejor que precioso —añade Owen mientras se levanta y se une a nosotros—. Es exactamente el ambiente que buscamos.

Mi pulso se acelera. —Me alegra mucho oír eso.

—Ellie —dice Lauren, juntando las manos—, nos gustaría ofrecerte el puesto. Cinco noches a la semana durante el servicio de cenas. Podemos ofrecerte un horario de inicio flexible, pero cuanto antes, mejor.

Un millón de pensamientos corren por mi cabeza. Todo está cambiando tan rápido.

Y cuando Owen me dice lo que están dispuestos a pagarme, se me cae la mandíbula. Es el doble de lo que he estado ganando con Angelic Divine. Podré tener mi propio piso, mi propio coche... No puedo decir que no.

Por un segundo olvido cómo funcionan las palabras, así que me limito a asentir. —Me gustaría aceptar —consigo decir finalmente.

Nos damos la mano y Owen y Lauren se van para redactar un contrato.

Me giro hacia Ryland, aturdida.

Él solo sonríe como si hubiera sabido desde el principio lo que iba a pasar.

—Has estado perfecta —dice mientras se acerca—. Como un ángel.

Me río, sin aliento. —¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Dónde se supone que voy a vivir?

—Conmigo —dice. Lo dice con tanta sencillez. Como si fuera la respuesta más fácil del mundo.

—No tienes por qué hacer eso —digo, dando un paso atrás—. Encontraré un sitio.

—Tu sitio está conmigo —dice mientras da un paso adelante, cerrando la distancia entre nosotros. Pone sus manos sobre mis brazos y todo mi cuerpo se derrite bajo su tacto—. Quiero que vivas

conmigo, Ellie. Quiero construir un hogar juntos. Una vida juntos. ¿No ves lo perfecto que sería?

Sería bastante perfecto...

Vive a unos diez minutos de aquí. Vi su casa esta mañana. Es una preciosa cabaña de madera con unas vistas espectaculares a las montañas. Creo que podría acostumbrarme a tomar mi café en el porche por la mañana o a mirar las estrellas mientras estoy en el jacuzzi por la noche.

Pero no es solo la casa lo que encaja tan bien. Es él.

Quiero estar con Ryland. Quiero ser suya.

—Di que sí —me ruega. Se inclina, manteniendo la voz baja—. No me hagas esposarte a la cama otra vez.

Sonrío tímidamente, mis mejillas se sonrojan al recordar ese momento increíble.

—Quiero que te quedes, Ellie. Te quiero. Eres la persona para mí.

¿Me quiere? Mi corazón se estremece cuando lo escucho.

Nada se ha sentido tan correcto en toda mi vida.

—Yo también te quiero, Ryland —susurro, y lo digo en serio. *Quiero* a este hombre.

—Entonces, ¿te quedarás? —pregunta, iluminándosele el rostro de la manera más adorable.

—Me quedaré —digo, asintiendo con una sonrisa en la cara—. No hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

Me envuelve con sus grandes y protectores brazos y besa mi boca con todo el amor y la emoción que ambos sentimos.

Va a ser nuevo y va a ser una aventura.

Pero no hay nadie más con quien preferiría vivir una aventura que con este hombre perfecto.

EPÍLOGO

Ryland

Dos años después...

Felicidad doméstica.

Eso es lo que estoy viviendo. Se acabó la vida de soltero con una nevera vacía y una casa perpetuamente silenciosa. Se acabó vivir para trabajar y aburrirme en mi tiempo libre. Se acabó dormir hasta el mediodía y quedarme despierto toda la noche.

Todo eso ha terminado y no podría ser más feliz.

Mira lo que tengo ahora...

Sonrío mientras me siento en la mecedora en el rincón de la habitación de Alexa, observando a mi ángel cantando suavemente a nuestra bebé mientras sus dedos bailan sobre las cuerdas de su arpa.

El sonido sereno de mi chica cantando a mi bebé me llena de cálidas emociones y mis ojos empiezan a humedecerse. No puedo creer que esto sea real.

Alexa se acomoda en su cuna y se tumba mientras Ellie toca una nueva canción—la favorita de Alexa.

Simplemente observo con una sensación de asombro floreciendo en mi pecho mientras veo a mi chica haciendo lo que ama. Sigue tan

hermosa como siempre, incluso con su largo cabello dorado recogido en un moño despeinado, pantalones de chándal y una sudadera holgada. Todavía no puedo creer que sea real.

La melodía es lenta y dulce, y siempre hace que Alexa se duerma. Es como magia. Ellie la compuso un día de invierno mientras estaba embarazada y es lo más hermoso que he escuchado jamás. Observo a mis chicas desde la silla, sintiéndome como si estuviera invadiendo el cielo.

Alexa balbucea como si estuviera cantando junto a las palabras suaves y tiernas. Ellie me mira y ambos nos sonreímos. Amo esta vida.

El balbuceo disminuye y eventualmente se detiene mientras Ellie continúa con la canción. Para cuando su dedo pulsa la última cuerda, hay un silencio profundo en la habitación.

Ella se asoma a la cuna y sonríe con amor.

—Está dormida —susurra.

Me levanto lentamente, tratando de evitar que la mecedora de madera cruja, y me asomo a la cuna.

Verla dormir tan plácidamente me hace doler el corazón. Está tan en paz. Todo lo que conoce es seguridad. Todo lo que conoce es amor.

Alexa llegó a nuestra vida hace siete meses, y no sé cómo vivimos sin ella durante tanto tiempo.

Ellie desliza su mano en la mía y la sujeta mientras contemplamos la cuna con esa visión irreal. Mirar a mi bebé es como mirar una hoguera. Es simplemente difícil apartar la mirada.

Me inclino, con cuidado de no despertarla, y presiono mis labios en su frente. Huele tan bien, a polvos de talco y leche.

—Papá te protegerá siempre —susurro. Es la misma promesa que le hago cada noche.

Ellie se aferra a mi brazo y apoya su mejilla en mi bíceps mientras observa el pecho de Alexa subir y bajar.

Esto, justo aquí, es felicidad pura.

Esperaba diversión y caos y frustración y una casa desordenada cuando estábamos en la espera, pero nadie te habla de estos momentos—estos momentos perfectos y tiernos que parecen

pequeños trozos de cielo. Estos son los momentos que hacen que todo valga la pena. Que recordaré para siempre.

—Vamos —susurra Ellie, tirando de mi brazo hacia la puerta.

Sonrío cuando miro a mi chica con esa mirada traviesa en sus ojos. Sé lo que quiere... Y lo que ella quiere... Otro pedacito de cielo...

Mi corazón late con fuerza y mi cuerpo hormiguea con ardor lujurioso mientras la sigo fuera. Cierro la puerta silenciosamente detrás de mí mientras ella se muerde el labio inferior y me lanza esa mirada.

Es tan jodidamente hermosa. Soy el hombre más afortunado del planeta.

Mi verga se pone dura como el acero en el momento en que mis manos están sobre ella, acercándola más, soltándole el pelo. Los mechones dorados caen en cascada mientras me mira con los ojos azules más sexys que he visto jamás. Mi mujer es una auténtica diosa. Se vuelve más hermosa cada día.

Gime cuando me acerco a ella, mi palpitante erección empujando contra su estómago, y le agarro la mandíbula. Cuando me mira así, sé que lo quiere duro.

Lo que mi chica quiera, lo consigue.

—¿Estás lista para usar esa sexy boquita? —gruño mientras miro fijamente sus labios y su lengua.

Asiente, manteniendo esos ojos ardientes fijos en los míos. —Lo que tú quieras, señor Sheriff.

—Eso es lo que me gusta oír.

Le agarro las muñecas y se las coloco por encima de la cabeza mientras la empujo hacia atrás y la aprisiono contra la pared. Jadea mientras mueve las caderas, restregándolas contra mi dolorosa erección.

—¿Qué vas a hacerme, señor Sheriff? —pregunta con un tono coqueto y juguetón—. He sido una chica mala.

Gimo mientras la cacheo como si buscara armas. Se excita cada vez más cuando deslizo mi mano bajo su jersey y le acaricio los grandes pechos.

—¿Dónde lo escondes? —pregunto mientras deslizo la mano por su vientre. Introduzco la mano en sus bragas y le acaricio el húmedo coño mientras ella gime y se restriega contra mi palma y mis dedos.

—Aquí está —gruño—. Esto es lo que estoy buscando.

Su cabeza se echa hacia atrás y cierra los ojos mientras juego con su coño, deslizando mis dedos arriba y abajo por su húmeda hendidura, deteniéndome solo para frotar su clítoris. Se estremece cuando introduzco dos dedos en su empapado agujero, enterrándolos hasta los nudillos.

—Cálida y húmeda —digo con voz profunda y ronca mientras saco los dedos y los huelo. Mis fosas nasales se dilatan mientras inhalo su embriagador aroma. Ella me observa con ojos muy abiertos y mejillas sonrosadas. Mi polla duele de lo dura que está cuando el delicioso aroma de su coño llena mis pulmones—. Justo lo que pensaba.

Traga saliva mientras me meto los dos dedos en la boca, chupando sus jugos.

—¿Estoy en un gran problema? —pregunta con su vocecita asustada.

—En un problema *profundo* —digo con una sonrisa—. Y cuando digo *profundo*, lo digo en serio.

Deja escapar un gemido sexy cuando la giro y la aprisiono contra la pared. Mi chica saca el culo, restregándolo contra mi polla mientras me lanza una mirada desafiante por encima del hombro.

—Haz lo que quieras conmigo, Sheriff —dice mientras provoca mi polla con su perfecto trasero—. Enséñale una lección a tu chica mala.

Sonrío mientras agarro sus pantalones de chándal y los bajo de un tirón. Sin bragas. Joder, sí que es una chica mala...

Me observa mientras saco mi dura polla, agarro la gruesa base y la guío hacia su húmedo y expectante coño. Todo su cuerpo tiembla cuando la introduzco, dura y profunda.

No le muestro ninguna piedad. Intenta no gritar mientras agarro con fuerza su cintura y tiro de su cuerpo hacia delante con cada fuerte embestida.

Mi polla se cubre con sus cálidos jugos. Mis pesados testículos golpean su clítoris con cada fuerte movimiento de mis caderas.

Meto la mano bajo su jersey y agarro sus bamboleantes tetas mientras la follo dura y bruscamente, dándole justo lo que necesita.

Se corre antes que yo. Sus piernas se vuelven de gelatina mientras intenta no gritar, con el intenso orgasmo recorriendo sus venas. La sostengo y sigo follándola hasta que estoy listo para correrme *profundamente* en su coño.

—*Sí* —jadea, intentando mantener la voz baja para no despertar al bebé—. Hazlo, Ryland. Córrete dentro de mí.

Agarro sus suaves caderas con fuerza —demasiada fuerza—, empujo hasta el fondo y me corro con un rugido ahogado. Ella estalla de nuevo, su perfecto coño corriéndose sobre mi polla.

Cuando hasta la última gota ha salido, caemos al suelo, derrumbándonos en los brazos del otro.

Sonrío mientras sostengo a mi chica en mis grandes brazos protectores, con gratitud llenando mi alma.

Este ángel es mío. Todavía no puedo creerlo.

Me mira con ojos entrecerrados y me dedica una sonrisa cansada. —Gracias —susurra—. Lo necesitaba.

Le beso la frente y la abrazo fuerte.

Después de unos minutos, suspira. —Tengo que preparar la cena.

Niego con la cabeza y la abrazo más fuerte. —Pidamos comida a domicilio. Ese sitio tailandés que te gusta.

Me sonríe y luego besa la punta de mi barbilla. —Eres perfecto, ¿lo sabías?

—Supongo que eso nos hace dos perfectos. —Inclino su cabeza hacia arriba y beso sus labios.

Gime y luego se acurruca contra mi pecho, pareciendo que está justo donde pertenece.

—¿Qué deberíamos hacer ahora que no tenemos que cocinar? —pregunta.

Sonrío mientras miro la puerta cerrada de Alexa. Estará dormida al menos otra hora...

Mi polla se agita mientras pienso en algunas formas sucias de pasar el tiempo.

—Tú vienes conmigo, chica mala —digo con un gruñido mientras la levanto—. El Sheriff Sexy aún no ha terminado contigo.

Sonríe mientras la llevo a nuestra habitación. —Qué suerte la mía.

La tiro sobre la cama y la devoro hasta que el bebé se despierta.

Como dije, felicidad doméstica.

EPÍLOGO

Ryland

Veinticinco años después...

La plaza del pueblo se ve diferente ahora. Es más grande y concurrida, pero las majestuosas montañas que la rodean nunca cambian.

Al igual que mi amor por Ellie. Eso nunca ha cambiado, ni siquiera por un momento. Sigo tan obsesionado con mi ángel como el primer día.

Es el festival de verano y una vez más, ella está en el escenario extrayendo sonidos mágicos de ese hermoso y gran arpa. Es como si no hubiera pasado nada de tiempo, pero eso no es cierto. Tengo cuatro hijos a mi lado que lo demuestran.

Mi ángel termina la canción y empiezo a aplaudir con fuerza.

—Eres tan adorable, papá —dice mi hija mayor, Alexa, mientras envuelve sus brazos alrededor de mi bíceps y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿Por qué dices eso?

—Por la forma en que miras a mamá —dice, sonriéndome. Tiene los mismos ojos azules preciosos que su madre—. Espero que algún día un chico me mire así.

Sonrío cálidamente mientras beso su sien.

—No creo que tengas nada de qué preocuparte, pequeña. Tu alma gemela llegará pronto.

Ellie me ve entre la multitud y sonríe mientras comienza su siguiente canción. Esa sonrisa... Todavía me roba el aliento después de casi tres décadas juntos. No me canso de ella.

Solo se ha vuelto más hermosa con los años. Hay un brillo tranquilo y confiado en ella ahora que no tenía antes. Quizás sea por sobrevivir a las fatigas de la maternidad, o por la tranquilidad de las montañas, o por una larga vida siendo amada, pero se ve feliz. Se ve satisfecha.

La luz del sol se refleja en su cabello dorado mientras la etérea música se eleva en la cálida brisa de montaña. Juro que mi corazón todavía tropieza cada vez que sus dedos tocan esas cuerdas. Es una maga con ese arpa.

Cuando la canción termina, los ojos de Ellie encuentran los míos de nuevo, y siento como si todo el mundo se desvaneciera, igual que hace veintisiete años.

La observo con orgullo con mis hijos a mi lado y estallamos en vítores cuando termina y hace una reverencia ante la multitud.

—¡Bravo, mamá! —grita Ethan.

Estoy lleno de tanto orgullo y amor que a veces creo que mi corazón no puede soportarlo.

Ellie me dedica esa pequeña sonrisa secreta que dice que sigue siendo mía y siempre lo será. Nunca daré por sentado su amor. Siempre será lo más preciado y valioso en mi vida.

Las montañas pueden ser eternas, pero yo no. Mi pelo está más gris ahora y no puedo levantar en el banco lo que solía levantar.

Los años han pasado y la vida ha cambiado.

Pero, ¿mi amor por Ellie?

Eso nunca cambiará.

Es lo único que el tiempo jamás tocará.

Mi ángel es todo mi mundo.

Y siempre lo será.

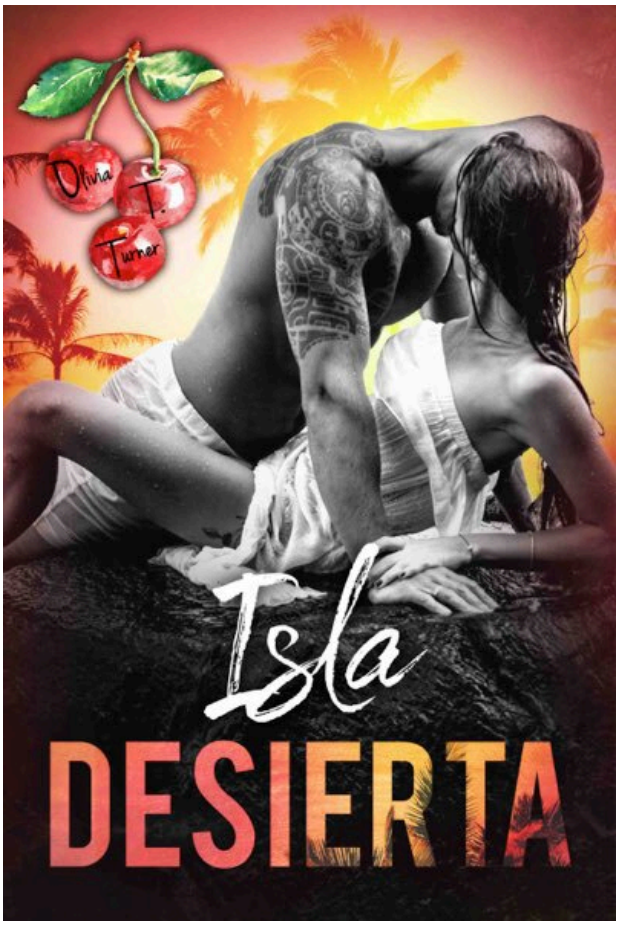
El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Isla Desierta
Amantes Náufragos
Libro 1
Olivia T. Turner

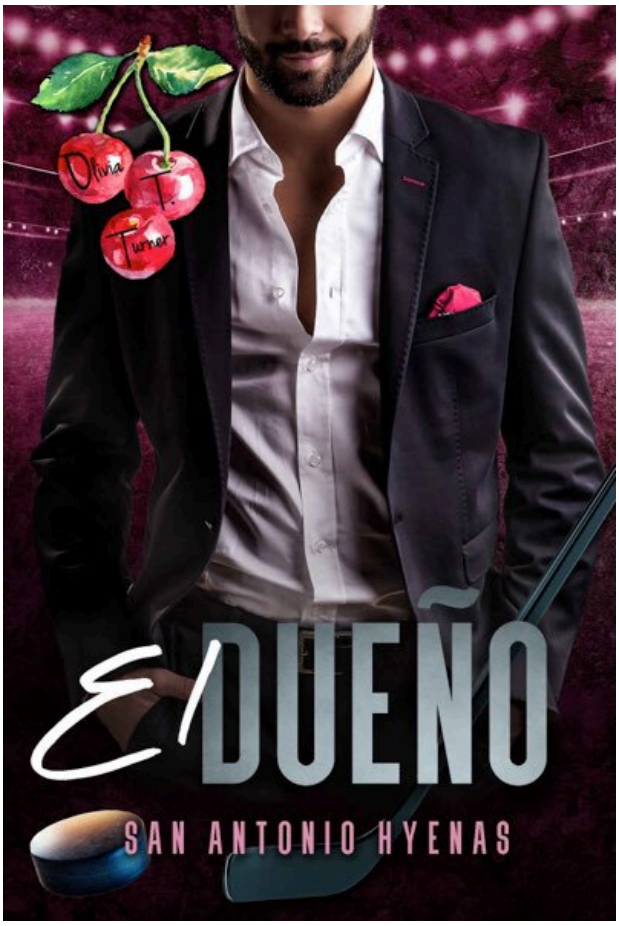
Obtén el libro aquí

Llevo ocho años varado en esta isla desierta.
Ocho largos años comiendo la misma comida, paseando por la misma playa, mirando los mismos árboles todo el día.
Ha sido un soberano aburrimiento.
Pero todo cambia cuando una preciosa joven llega a mi orilla.
Su avión se estrelló en el océano.
Ahora está varada en la isla.
Esta es mi isla y eso significa que me pertenece.

No volveré a aburrirme nunca más.
No con esas deliciosas curvas y ese bonito rostro.
Esta isla desierta se acaba de volver mucho más interesante.
Con ella aquí, se acaba de convertir en un paraíso.

Bridget está a punto de descubrir el verdadero significado del paraíso cuando llega a una isla desierta, hogar de un enorme y gruñón macho alfa que le echa un vistazo y la reclama como suya. Una pequeña y divertida escapada, con doble virginidad. ¡A disfrutar!

Obtén el libro aquí



El Dueño
Libro 6
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Nada es más importante que ganar la copa del campeonato de hockey.
O, eso pensaba.
Compré los San Antonio Hyenas cuando eran el peor equipo de la liga.
Ahora, estamos jugando por la copa. Estamos jugando por todo.
Es todo lo que siempre he querido.
Hasta que la conocí a ella.
Verla por primera vez fue como un rayo que golpeó mi corazón.

Era perfecta. Era todo.
Era la propietaria rival de los Cincinnati Vipers, el equipo al que nos enfrentamos en la final.
Es la única mujer de la que debería mantenerme alejado.
La única mujer que debería estar prohibida.
Pero no puedo evitarlo.
No puedo detenerme.
Pero ella es tan despiadada como yo.
¿Es esto realmente amor, o un siniestro truco mental para desconcentrarme?
Supongo que lo averiguaré porque no puedo mantenerme alejado de ella por mucho que lo intente.
Que empiece el juego.

La emocionante conclusión de la serie Los San Antonio Hyenas protagonizada por Brantley VanMorgan, el propietario zorro plateado más sexy del hockey. Este es el libro seis y aunque los libros 1-5 pueden leerse de forma independiente, este es mejor leerlo después de haber leído los otros.
Amor instantáneo seguro en su máxima expresión, sin infidelidades y con un final feliz super dulce siempre garantizado.

Obtén el libro aquí
